

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

LOS MUERTOS VIVIENTES

lucky marty

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

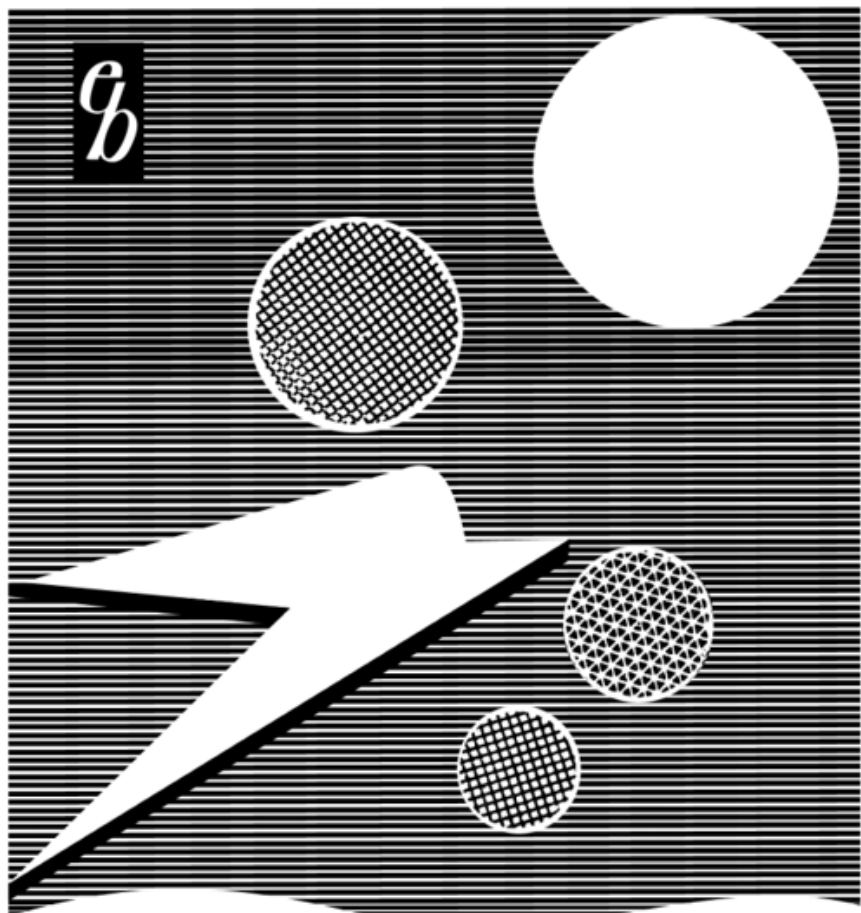
LOS MUERTOS VIVIENTES

lucky marty

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en anunciar la incorporación a su prestigioso grupo de colaboradores de un autor cuyos lectores se cuentan ya por millares.

**Lou
CARRIGAN**

cuyas obras, verdaderas joyas de la literatura policiaca, aparecerán quincenalmente en la colección:

LA HUELLA

La intriga, el suspense y la acción incesante, son las características más acusadas de este autor cuyas obras le apasionarán sin duda alguna.

APARECERA A LA VENTA EN JUNIO

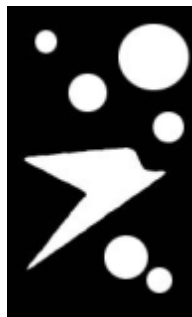
LUCKY MARTY

LOS MUERTOS VIVIENTES

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 194

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 5.838 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1974

© **LuckyMarty**- 1974

texto

© **ALBERTO PUJOLAR** - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1974

Todos los personajes y entidades privadas que

aparecen en esta novela, así como las situaciones

de la misma, son fruto exclusivamente de la

imaginación del autor, por lo que cualquier

semejanza con personajes, entidades o hechos

pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

189. — Diablos con dedos de vidrio. — *Curtis Garland.*

190. — La tierra agoniza. — *LuckyMarty.*

191. — Inventor de personajes. — *Clark Carrados*

192. — El día de la Mantis. — *Curtis Garland.*

193. — La voz del mal. — *Burton Hare.*

Uno por uno, todos
somos mortales;
juntos..., ¡somos
eternos!

CAPITULO PRIMERO

El relámpago iluminó a los cinco hombres que se esforzaban con sus herramientas en profanar una de las tumbas del cementerio de Arlington. La lluvia caía constantemente desde hacía varias horas y la tierra removida se convertía en barro pegajoso bajo las botas de goma, renegando uno de los hombres:

—¡Vaya nochecita que ha ido a elegir, ciudadano Dorenko!

El hombre llamado Dorenko, alto y huesudo y cubierto de la cabeza a los pies con un negro impermeable, miró a la luz de su linterna a los cuatro compañeros que se esforzaban en sacar el negro ataúd de la fosa profanada. Les vio caminar con su carga hacia el vehículo que les esperaba y su voz autoritaria ordenó:

—¡Esperad, estúpidos!

Los cuatro hombres se detuvieron y el del impermeable negro añadió, siempre imperioso:

—Hay que dejar esa tumba tal como la encontramos. ¡Nadie debe saber que el cadáver de AceyBardot ya no está ahí!

Hubo vacilación y desgana en los otros, hasta que uno de ellos apuntó:

—¿Para qué ese trabajo extra? Pensarán que fueciosa de ladrones de tumbas.

El hombre del negro impermeable esta vez rugió:

—¡No seas imbécil, Okolovich! AceyBardot era un pobre diablo. Apenas le alcanzaba la paga del Gobierno para cubrir gastos. ¿Qué diantres se le podía robar en su tumba? Murió con lo puesto.

—Es que llueve mucho. El barro se pega en las palas y...

—¡Cubrid esa tumba! Quiero que todo quede igual que antes.

Ante la nueva orden los cuatro hombres volvieron a chapotear sobre el barro, trabajando sobre la tierra removida hasta que uno de ellos anunció:

—Ya está, ciudadano Dorenko.

DorenkoEbrasko, ciudadano de Primera Clase por derecho propio, estuvo examinando con sus ojos saltones hasta el menor detalle, antes de dar el visto bueno y admitir:

—Perfecto: nadie notará nada. La lluvia ayudará aborrar las huellas. ¡En marcha!

El vehículo se puso en camino, hacia la parte Surdel cementerio de Arlington, no hacia la puerta principal. En pocos minutos estuvo ante una verja y DorenkoEbrasko no se molestó en ordenar a sus hombres que bajaran para ver franqueada la salida. Se limitó a pulsar un mando de control remoto y una célula fotoeléctrica entró en acción: la verja se abrió y una vezpasó el vehículo volvió a su posición normal.

El coche enfiló hacia la autopista número uno, pero dando un rodeo, ya que había salido del cementerio por la parte sur. Al poco se confundía entre el intenso tráfico que se dirigía hacia Washington, la capital federal de Estados Unidos de América.

La Prensa aún comentaba la inesperada y sentida muerte de AceyBardot, uno de los físicos nuclearesde mente más despejada y que tanto había contribuido en los últimos adelantos de la ciencia.

Se le encontró muerto en su laboratorio, tendido en el suelo, al parecer víctima de un ataque cardíaco. Al menos éste fue el dictamen médico aunque, posteriormente, tras un examen más detenido, se llegó a otra conclusión.

AceyBardot había sido asesinado...

En su estómago se encontraron residuos sospechosos de un líquido que debió ingerir con el desayuno.

Esta sustancia había agarrotado los músculos del corazón, causándole la muerte instantánea. Y a partir de aquí las preguntas empezaron a surgir:

¿Quién le había asesinado y por qué motivo?

A AceyBardot no se le conocían enemigos. Siempre había sido un hombre afable, lleno de una humanidad que rebosaba en cada una de sus palabras. Sus íntimos siempre le recordarían con una simpática sonrisa, sincera y abierta, capaz de comprender con su mente privilegiada cualquier postura antagónica. Su joven esposa

Ada Oliver había dicho en muchas ocasiones de él:

—«Acey es un santo: tanto, que creo que un día arruinará nuestro matrimonio. Su amor a la ciencia es tal, que anula su amor hacia mí. Los hombres como Acey no deberían casarse y formar una familia, ya que su hogar, su auténtico hogar, es el mundo entero...»

Pero AceyBardot había abandonado este mundo, empujado por la misteriosa mano asesina que se había cuidado muy bien de no dejar la menor huella, la más mínima pista de su crimen. A los tres días de su muerte las investigaciones seguían en el mismo punto muerto en el que habían empezado.

Dean Masson, jefe de la policía federal de Washington, estaba que echaba chispas por los ojos. La Prensa empezaba a meterse con él, haciendo alusiones a su inutilidad. Si las cosas continuaban así, sabía que en las próximas elecciones no conservaría su puesto.

En su bloc de notas aún no tenía a ningún sospechoso. Podía llenarlo con los diez mil doscientos nombres del personal que trabajaba en el laboratorio que dirigió el profesor AceyBardot, pero, ¿qué adelantaba con ello?

En todo caso, empezaría a consignar uno: Claney Turner.

Claney Turner había sido, hasta la muerte del profesor

AceyBardot, su ayudante principal. Ahora ocuparía el puesto dejado por su maestro y él sería el director del laboratorio. La paga del Gobierno no era como para cometer un asesinato por ella; pero quizá, el prestigio de dirigir a los diez mil científicos más famosos del país, sí lo era.

Un punto a considerar, ya que había que empezar por algo.

Como jefe de la policía federal de Washington, Dean Masson dio las órdenes oportunas para que Claney Turner fuera estrechamente vigilado. Quería en su despacho un informe diario, detallándole lo que hacía en cada minuto de su vida. Tanto en el trabajo como en su vida particular.

La investigación se llevó a fondo y el resultado fue sorprendente. Según unos informes procedentes de Los Angeles, Claney Turner y León Tkuschine era una misma persona. El tal León Tkuschine se había instalado en Los Angeles hacía veinte años procedente de Ucrania, nacionalizándose al poco tiempo como norteamericano. Pero, diez años después, cuando con otros técnicos instalaba una central nuclear en el gran Cañón del Colorado, había muerto por acercarse excesivamente al potente reactor atómico.

La información era completa en este sentido, ya que a Claney Turner, entonces conocido con su nombre ruso de León Tkuschine, se le habían concedido los honores fúnebres propios del alto cargo que ocupaba: unas fotocopias indicaban su tumba en Berbery Hill, así como los certificados de defunción correspondientes.

En aquel dossier se incluían señas personales, huellas digitales y todos los datos pertinentes. Y todo coincidía con el Claney Turner que, desde hacía diez años, venía ocupando otro puesto de responsabilidad en los laboratorios centrales de Washington.

Dean Masson quedó confuso y se puso en comunicación directa con Los Angeles. Quería saber más de aquel hombre y así se enteró que la viuda del tal León Tkuschine aún vivía en aquella ciudad, estando esparcidos por California muchos de los testigos presenciales de sus funerales y entierro.

Dean Masson pulsó un timbre y cuando entró uno de sus ayudantes ordenó:

—Averigüen cómo diablos entró en los laboratorios centrales de Washington ese tipo de doble personalidad. ¡Quiero saberlo hoy mismo!

Lo supo aquella misma tarde, porque los archivos del laboratorio se abrieron ante las credenciales de los agentes federales de Washington: Claney Turner había ingresado procedente de la Universidad de Columbia, recomendado por el profesor John Jurgens. Y, en aquellos diez años, por indudables méritos, había ido escalando puestos hasta convertirse en el ayudante predilecto del asesinado profesor AceyBardot.

Y ahora sería el director de los laboratorios...

DeanMasson se puso en contacto con la Universidad de Columbia y le informaron que el profesor John Jurgens hacía diez años que había muerto de un ataque al corazón. Y allí no había datos que indicaran que el tal Claney Turner o un tal León Tkruschine hubiesen estudiado en aquella Universidad.

Malhumorado, DeanMasson cortó la comunicación, diciendo:

—Gracias. ¡Ya es suficiente!

Volvió a pulsar el timbre y cuando entraron dos de sus agentes ordenó, firmando un papel:

—¡Detengan a Claney Turner! ¡Dondequiera que esté!

CAPITULO II

La orden tajante del jefe de la policía federal de Washington no fue posible cumplirla.

Claney Turner fue encontrado muerto en su domicilio, al parecer también víctima repentinamente de un ataque al corazón. Aunque un posterior análisis demostró que había bebido el mismo líquido que el profesor AceyBardot, mezclado en su desayuno.

Pero en su caso había un dato altamente significativo: Claney Turner había empleado los últimos instantes de su vida en garabatear algo sobre un papel que estaba junto a la servilleta del último desayuno que tomó en su vida: y el escrito con letra temblorosa decía así:

«El asesino del profesor AceyBardot es su joven esposa Ada Oliver. Hace tiempo que ella le pedía el divorcio y Acey se negaba. Yo estaba enterado de sus disputas y llegue a saber que Ada le puso ese veneno en el desayuno al profesor. Ada temía mis sospechas y esta mañana vino a verme. Ahora noto agarrotado mi estómago. ¡Sé que voy a morir y que ella ha echado en mi café unas gotas de ese veneno! Ada Oliver ha obrado así aconsejada por Joyce Wagner. Los dos quieren casarse. ¡Ellos son los asesinos!»

Las últimas palabras casi resultaban ilegibles, pero los peritos calígrafos descifraron letra por letra el último mensaje del hombre que había sido también asesinado, como su jefe el profesor AceyBardot.

DeanMasson ordenó a sus hombres:

—¡Quiero a esa parejita de asesinos ahora mismo aquí! Qué narices... El amor, el verdadero amor, no debe enfangarse con un doble crimen.

Uno de sus agentes dijo ante su jefe:

—¿Sabe quién es Joyce Wagner, señor?

—Perfectamente. Leo los periódicos y estoy enterado de las cosas, Morey.

—No se enfade, jefe.

—No me enfado, pero ¿cree que soy un estúpido y sólo veo por televisión los partidos de rugby?

—Entonces...

—¡Me importa un higo quién es Joyce Wagner! Aquí tengo una nota que le acusa y un hombre que va a morir no emplea sus últimos alientos en contar mentiras. ¡Vayan a por él!

—A la orden, señor. Pero tendremos dificultades con el general Mansfield.

—Yo arreglaré eso con el general Mansfield. Quiero ver cómo ese niño bonito se sacude esta acusación.

El sargento Morley se cuadró al decir:

—Usted manda, jefe. ¡Tendrá a Joyce Wagner!

Al oírle, Dean Masson se levantó más conciliador. Conocía bien a sus hombres y sabía que el sargento Jean Morley era uno de los mejores agentes, aunque bastante impulsivo. No quería que su departamento tuviese problemas con el influyente general Mansfield, jefe inmediato del prestigioso ingeniero astronáutico Joyce Wagner y por eso recomendó:

—Con tacto, Morley. No se deje llevar por sus impulsos.

—Así lo haré, señor.

—Primero averigüe si es cierto que Joyce Wagner y la viuda del profesor Acey Bardot tenían relaciones secretas.

—¿Quiere que la visite primero a ella, señor?

—No estaría de más, Morley. Las mujeres son más parlanchinas y puede usted atraparla en algo durante la charla.

—¿Algo más, señor?

—Nada, Morley. ¡Suerte con ese niño mimado!

El agente Morley giró sobre sus talones y salió, para al poco marchar en su vehículo hacia la residencia de Ada Oliver, la joven viuda del profesor Acey Bardot.

Ada Oliver era una mujer alta y hermosa, de cabellos castaños y ojos pardos, y de muy buen ver a sus treinta años. Sus curvas eran más bien generosas, pero quedaban compensadas y en consonancia con su gran altura. Al primer golpe de vista se la adivinaba impulsiva, vehemente y nerviosa.

Con mucho temperamento.

El agente Jean Morley lo observó nada más intercambiar los primeros saludos, dándose cuenta de que las manos de la mujer no paraban, bien ofreciéndoles asientos a él y a su acompañante, bien encendiendo ella un cigarrillo o alisándose la falda. Sus grandes ojospardos también parecían inquietos y su voz denotó disgusto al decir:

—Pueden sentarse... Les esperaba.

Jean Morley inició el tiroteo de sus preguntas al apuntar:

—¿Por qué nos esperaba, señora Bardot?

La mano femenina aleteó nerviosa en el aire, advirtiéndolo:

—Ante todo, llámeme por mi nombre de soltera. ¡Ya no soy la señora Bardot!

—Por supuesto, señora. Ahora es usted viuda.

—¡Exacto! Por lo tanto, debe llamarme señorita Oliven O Ada a secas, si lo prefiere.

—Bien, señorita Oliver... Aún no ha contestado a mi pregunta.

—Le diré por qué esperaba la visita de la policía. Al parecer, mi esposo ha sido asesinado y un amigo íntimo nuestro, también.

—¿El señor Claney Turner era íntimo amigo de ustedes?

—Sí: Acey no tenía secretos para él. Los dos estaban muy bien compenetrados en su trabajo.

—¿Eran tan amigos como para conocer sus disputas matrimoniales?

Ada Oliver se envaró en el sofá, frente al cual estaban sentados los dos policías. Un mohín de disgusto se dibujó en sus labios sensuales al decir:

—Acey y yo nunca tuvimos disgustos... matrimoniales.

—Lo siento, señora Bardot... ¡Oh, perdón! Quise decir señorita Oliver... Pero el difunto Claney Turner no lo consideraba así.

La mujer no se amilanó, contestando con altivez:

—El hecho de que Claney me oyese alguna vez afearle a mi esposo que me abandonase por su trabajo de investigación no le da derecho a

considerar que Acey y yo teníamos esa clase de disputas.

Jean Morley tenía bien estudiado su plan de ataque y prosiguió su granizada de preguntas:

—¿Admite usted entonces que le disgustaba que su esposo la tuviese un tanto abandonada?

—Eso es del dominio público, señor... señor... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Morley, señora... Jean Morley.

—Pues sí, señor Morley. Todo el mundo sabe que siempre tenía que asistir sola a las fiestas de sociedad.

—Y en una de ellas conoció al joven ingeniero astronáutico Joyce Wagner. ¿No es así?

Nuevo mohín de disgusto en la mujer al oír aquel nombre, contestando molesta:

—Vuelve a equivocarse, señor Morley... A Joyce le conocí mucho antes de casarme con el profesor AceyBardot. Estudiamos juntos en la Universidad.

—Perdone mi pregunta directa, señorita Oliver. ¿Pensó usted alguna vez casarse con Joyce Wagner?

Los dos policías quedaron algo desconcertados al oírla admitir, al parecer regocijada con la idea:

—¡Oh, sí! Muchas veces... Todas las mujeres que conocen a Joyce tienen esa idea.

Jean Morley se removió molesto en el butacón, comentando:

—He visto muchas veces la fotografía del ingeniero Wagner en la Prensa y en la televisión, y admito que ¡es un buen mozo, pero...

—¡Es todo un hombre, señor Morley!

La estocada del policía fue a fondo:

—¿Hasta el extremo de cometer una locura por él?

Ada Oliver respondió al golpe con otro:

—Hasta el extremo de cometer, no una locura, sino mil por él...

—¿Tanto como dos asesinatos?

Ada Oliver se levantó del sofá como si la hubiesen pinchado. Su rostro de facciones correctas estaba alterado y su voz tembló de cólera al decir:

—Éso es una impertinencia... ¡Les ruego que abandonen mi casa!

Jean Morley también se levantó, imitado a su vez por su acompañante. Pero los dos policías quedaron plantados ante la dueña de la casa y el primero dijo:

—Me temo que usted también tendrá que salir de esta casa, señorita Oliver... ¡Debe acompañarnos!

—¿Con qué derecho va usted a...?

—Con esta orden de detención.

Ahora había tanta alarma como sorpresa en la bella mujer, al señalarse a sí misma y preguntar:

—¿Detenida? ¿Por qué?

Jean Morley estaba sacando un papel de su cartera al preguntar:

—¿Conoce la letra de Claney Turner? Pues lea lo que escribió unos segundos antes de morir... ¡Asesinado!

Ada Oliver leyó con los ojos desorbitados la nota que era toda una acusación directa hacia ella, para protestar al final:

—¡Esto es absurdo! Claney no... ¡No pudo haber escrito esto!

—Es su letra: está comprobada por nuestros peritos

calígrafos. ¿Niega que fue a visitarle?

—¡No! ¿Por qué voy a negarlo? ¡El mismo me telefoneó aquella mañana, rogándome que fuese a su casa inmediatamente!

—¿Y no le extrañó la llamada y ese ruego?

—Sí, pero... ¡Me dijo que tenía que hablarme de algo muy importante!

El sargento Dikson salió de su silencio al indagar:

—¿Puede demostrar que Claney Turner le hizo esa llamada, señora?

Ada Oliver se encaró con él, furiosa, acorralada:

—¿Cómo voy a demostrarlo? Estaba durmiendo cuando sonó el teléfono de mi habitación. En todo caso, compete a la policía registrar las llamadas.

El sargento Dikson se defendió al replicar:

—Sólo hacemos eso en caso necesario, señora, cuando hay algunas sospechas. Hasta que el señor Turner dejó esa nota escrita, nadie podía sospechar que usted había asesinado a su esposo y que también le mataría a él, por estar enterado de lo que hizo.

—¡Alto ahí, sargento! ¡Yo no he asesinado a nadie!

¿Cómo podré convencerles?

Deseando ser conciliador, nuevamente volvió a intervenir Jean Morley:

—Me temo que tendrá que convencer al fiscal, señora Bardot.

Una vez más, terriblemente enfadada, Ada Oliver le rectificó:

—¡No me llame «señora Bardot»! ¡Soy Ada Oliver! Jean Morley sacó las esposas del bolsillo trasero del pantalón, aunque sin intención de utilizarlas al decir: —Bien: señora Bardot o señorita Oliver, tendrá que acompañarnos. De usted depende evitarme la violencia de utilizar esto...

La mujer miró aterrada a las argollas de acero, pero al instante pareció recobrar la calma y pidió:

—¿Puedo telefonar a un amigo, diciéndole lo que pasa?

—Puede hacerlo, excepto si la llamada es para el ingeniero Joyce Wagner.

—Es a él a quien iba a telefonar.

—Lo siento. Pero no tema: pronto le verá.

—¿Van a detenerle también a él?

—Ya ha leído la nota que dejó Claney Turner, señorita Oliver. ¡Les acusa a los dos! Al parecer, desean ustedes casarse y su esposo les estorbaba al no concederle a usted el divorcio. Por eso usted le asesinó y posteriormente hizo lo mismo con Claney Turner, al saber que él estaba enterado de lo que hizo.

—¡Todo eso es ridículo! ¡Completamente absurdo!

—Usted misma ha confesado que sería capaz de hacer mil locuras por Joyce Wagner.

—¡No me refería a cometer ningún asesinato! Fue una forma de decir lo mucho que le aprecio. ¡En mi vida he matado una mosca!

—¿Llama ridículo a un hombre que en los últimos instantes de su vida se esfuerza para escribir una nota acusando a los verdaderos culpables?

La nueva intervención del sargento Dikson tuvo la virtud de volver a encrespar a la mujer, que se encaró con él, gritándole:

—¡Sólo Dios sabe por qué Claney haría tal cosa! Tras todo esto hay alguien que quiere encubrir sus crímenes, culpándonos a Joyce y a mí...

—¿Qué insinúa ahora? —indagó Jean Morley.

—Que al detenernos a Joyce y a mí, no sólo cometemos una injusticia, sino un error garrafal que permitirá a los verdaderos asesinos burlarse de ustedes.

Severo, con toda la firmeza que solía usar, el sargento Dikson se encaró con la mujer, diciendo:

—¡Todos hacen igual, señora!

—¿A qué se refiere?

—A que nadie confiesa sus delitos así, por las buenas. Y usted...

—Haré que se arrepienta de sus palabras, sargento. Tanto Joyce como yo tenemos buenos amigos que nos ayudarán.

Al oírla, Jean Morley recordó la recomendación de su jefe. Era cierto que el general Mansfield era muy poderoso e influyente, pero también tendrían que detener a su ingeniero astronáutico preferido.

Al joven Joyce Wagner.

—Cuando quiera, señorita.

Y Ada Oliver tuvo que rendirse ante su destino.

CAPITULO III

El localizar al joven ingeniero astronáutico JoyceWagner fue mucho más laborioso y accidentado.

En primer lugar, no se encontraba en su residencia particular ni en los despachos de la gigantesca base donde estaban instalados los

talleres astronáuticos, cerca del río Potomac, en la orilla izquierda, que riega el Distrito Federal de Washington. Allí se construían las gigantescas astronaves con las que se intentaba explorar el espacio, en su afán constante para hacer salir al hombre más allá del sistema solar.

Al hiperespacio...

Al sargento Jean Morley y al sargento Dikson les dijeron que Joyce Wagner era un hombre muy ocupado, y que posiblemente tendrían que esperar varios días para ser recibidos. Los dos policías presentaron sus credenciales a la rubia secretaria al anunciar el primero:

—Nos recibirá, señorita. Dígale que es un asunto muy urgente, que le atañe directamente.

La muchacha rubia hizo un gracioso mohín de disgusto, informando ante tanta resistencia:

—Es que el señor Wagner no está.

—Bien: díganos dónde podemos encontrarle, preciosa.

—En la Luna.

—Bien: pues dígale al general que estamos aquí.

La muchacha conectó la pantalla del visófono, donde apareció el rostro del general Mansfield indagando con voz áspera y autoritaria:

—¿Qué diablos pasa, señorita Murray? ¡Le di orden de que no me molestara!

La rubita titubeó antes de anunciar, mirando confusa a los dos visitantes:

—Perdón, señor... Pero es que dos policías insisten en hablar con usted. Les he dicho que el señor Wagner está en la Luna y... ¡no me creen!

La voz áspera del general Mansfield tronó:

—¡Mándelos al cuerno, señorita Murray! ¡No estoy para perder tiempo!

Jean Morley avanzó hacia la muchacha antes que desconectase la pantalla del visófono, para entrar en el campo de proyección y mirar a su vez la imagen del general Mansfield al decir:

—Es muy importante, general Mansfield. ¡Se trata de una acusación de asesinato!

A través del cristal de la pantalla, Jean Morley sintió las pupilas grises y autoritarias del jefe de los talleres astronáuticos clavadas en él. Por una fracción de segundo, el general no contestó, pero al fin su voz solicitó:

—¡Repita eso, amigo!

—Lo siento, general Mansfield. Acusación de asesinato contra su ingeniero Joyce Wagner. ¡Tenemos la orden de detención!

—¡Y un cuerno! —bramó el general—. ¡Aquí mando yo y usted no detendrá a nadie, polizonte!

—Pero es que...

—Un hombre como Joyce está por encima de tales acusaciones.

Jean Morley vio respirar hondo al anciano general, contenido antes de volver a soltar el chorro de su voz al añadir:

—Si antes de cinco minutos no han abandonado el recinto de estas instalaciones..., ¡por Dios vivo que ordenaré al ejército que les eche a patadas! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Jean Morley miró furioso a su compañero Dikson y luego a la muchacha rubia. La vio sonreír divertida y esto le animó a contestar, con la misma firmeza que su oponente:

—Allá usted, general Mansfield. No se trata de enfrentar a sus soldados con la policía. Pero transmitiré su negativa al jefe, Dean Masson.

Contra lo que esperaba, la voz del general se dulcificó al indagar:

—¿Qué dice usted de Dean? ¿El les dio esa orden de detención contra el jefe de los ingenieros?

—Así es, señor. ¿Quiere verla?

El general Mansfield pareció olvidarse de los dos policías, para dirigirse de nuevo a la rubia secretaria, ordenándole:

—Señorita Murrav... ¡Traiga a mi despacho a esos dos sabuesos!

La pantalla osciló: el general Mansfield había desconectado y la muchacha hizo lo mismo, levantándose al indicar a los dos visitantes,

siempre muy divertida:

—Por aquí, señores... ¿Quieren seguirme hasta la cueva del ogro? ¡Sabuesos!

El sargento Dikson sujetó por un brazo a la muchachita, advirtiéndole mientras agitaba su índice ante las naricillas respingonas:

—Escuche bien esto, rubita... El general Mansfield puede tomarse el «lujo» de llamamos «sabuesos», pero una muñeca como usted... ¡no! ¿Queda claro, preciosa?

—Está bien, amigo. ¿Pero quiere soltar mi brazo? ¡Me lo partirá!

Instantes después, en el amplio despacho del anciano general Mansfield, tras presentar su credencial, la orden de detención y la nota escrita en los últimos momentos de su vida por ClaneyTurner, Jean Morley le puso al corriente de todo al jefe de los talleres astronáuticos.

El anciano militar miró una vez más aquellos papeles y exclamó al fin:

—Me cuesta creer una cosa así. Joyce no es hombre capaz de cometer un crimen, por mucho que quiera a una mujer. Además de que...

Miró alternativamente a los dos visitantes y añadió: —¿Quién ha inventado esta majadería de que Joy está enamorado de la viuda del profesor AceyBardot?

Jean Morley señaló a los papeles que el militar tenía en las manos e insistió:

—Ya ha leído la carta que dejó antes de morir Claney Turner. Ahí dice que ella le pedía el divorcio y el profesor se negaba. Y la viuda admite que siempre ha estado enamorada de su ingeniero jefe, señor.

El general les devolvió los papeles, murmurando, molesto con él mismo:

—Todo esto resulta ridículo. Me cuesta creer que Joyce sea un desaprensivo que juega con dos barajas. Yo tengo entendido que... ¡Esperen un momento!

La mano del general Mansfield conectó nuevamente la pantalla del visófono, preguntando a la rubia secretaria cuando su lindo rostro apareció:

—Oiga, señorita Murray... ¿No quería casarse Joyce con usted?

Desde el ángulo donde esperaba Jean Morley, vio esquinado el rostro de la muchachita, que respondió con cierta alarma:

—¡Claro que sí, señor! ¿Acaso esos señores lo ponen en duda? ¿Qué tengo que ver con todo esto, señor?

El dedo del general desconectó el aparato sin darle más tiempo a la muchacha, diciendo al encararse con los visitantes:

—Ya lo han oído. Sandra Murray, la secretaria principal de Joyce Wagner, va a casarse con mi ingeniero jefe. Así es que esa porquería de que estaba de acuerdo con Ada Oliver para «despachar» a su marido y luego casarse con ella no son nada más que figuraciones suyas, amigos.

El jefe de la policía federal de Washington hacía bien en confiar en el sargento Jean Morley: era un hombre de carácter firme, y a los argumentos del viejey enérgico general opuso los suyos, terminando por decir:

—Todo esto puede ser cierto, señor. Pero no le resta importancia a esta acusación formal que escribió un hombre antes de morir envenenado. ¡Asesinado! Mi deber es detener a Joyce Wagner... ¡Y lo haré!

—¡De acuerdo! Pues ya saben dónde está. ¡Vayan ustedes a buscarle a la Luna! Y ahora déjenme en pazde una condenada vez... ¡Tengo mucho trabajo!

Los dos policías ya se retiraban, cuando el viejo militar añadió:

—Pero no olviden decir a ese cabezota de DeanMasson que tomaré cartas en el asunto. ¡No consentiré quemeta entre rejas a mi mejor hombre!

Al pasar ante la rubia secretaria, que coquetamente se arreglaba el cabello, los dos policías volvieron la cabeza al oírla decir, burlona:

—¿Qué, amigos? ¿Van ustedes a buscar a Joyce a la Luna?

Malhumorado, Jean Morley contestó:

—Si es preciso..., ¡le iremos a buscar al mismo infierno, rubita!

—Pues les recomiendo que viajen en la astronave número 109. ¡Es de lo mejorcito que ha salido del caletre de mi novio!

Ya en la puerta, señalando a la muchacha, pero mirando a su compañero, el sargento Dikson comentó:

—¿Se ha fijado, Morley? Sigue tomándonos la cabellera. Por lo visto ignora que su querido novio ya no podrá idear más planos para astronaves. En los años que pase en la cárcel, tendrá que dedicar su ingenio a resolver crucigramas.

Antes de cerrar la puerta, significativamente se puso el índice en el cuello al añadir:

—¡Eso si le dejan la cabeza entre los hombros!

Las ganas de bromear se le pasaron al sargento Dikson cuando, tras entrar en comunicación con su jefe, gritándoles mucho DeanMasson, pidió:

—¡Pues a la Luna, amigos! Si su hombre está allí... ¡A la Luna!

—Pero es que yo..., nosotros...

—Jean Morley... ¡He dicho que a la Luna!

—Bien, señor... ¡A la orden, señor!

CAPITULO IV

Totalmente ajeno a que le estaban buscando, Joyce Wagner puso en marcha el acondicionador de aire para regular la temperatura. Era preciso hacerlo así para mantener la atmósfera ambiente equivalente a la de la Tierra: y le extrañó que el mecanismo automático nohubiese funcionado por sí mismo.

Seguramente se debía a algún fallo técnico y conectó también el dictáfono para decir:

—Yal... ¿Qué pasa con mi acondicionador de aire? El automático parece que no funciona. ¿Quieres decir que le echen un vistazo?

Una voz amistosa le respondió:

—Ahora mismo, Joy. Cuestión de minutos.

El joven ingeniero siguió trabajando. Desde la última vez que estuvo allí en la Luna, las cosas parecían que habían sido bastante abandonadas. Cinco de las astronaves que hacían el viaje regular a la Tierra cada semana no funcionaban. Otras dos tenían serias averías y la de emergencia, la que debía ser utilizada en el caso de que las otras fallaran, estaba siendo sometida a un intenso trabajo en aquel ir y venir del planeta al satélite natural de la Tierra, sin tiempo casi para que las pilas atómicas de sus motores fueran recargadas.

Los viajes eran miles de veces más cortos que los que otras naves efectuaban a los distintos planetas del sistema solar y el material relativamente nuevo. Aparte de la astronave número 109, que era de reciente fabricación, las otras apenas tenían cinco años de servicio. Sin embargo, según todos aquellos informes que estaba revisando, se diría que necesitaban ciertos recambios con suma urgencia.

Al acercarse YalReale a la puerta, ésta se abrió por sí sola y en el silencio el joven ingeniero Joyce Wagner le vio plantado allí, acompañado del mecánico. Saludó al operario y luego se encaró con el amigo:

—¿Qué pasa aquí, Yal? ¡No se puede renovar la flotacada cinco años!

Antes de contestar, YalReale informó al mecánico:

—Es el acondicionador de aire. El automático parece que no funciona.

—Lo arreglaré en pocos minutos —dijo el hombre.

Joyce Wagner volvió a mirar al amigo e insistió, al darse cuenta que no le había contestado:

—¿Me has oído, Yal?

Percibió un mudo gesto en el otro, con el cual le pedía que esperase. Le vio señalar al operario, que estaba manipulando en los mecanismos, y le extrañó que reclamase su silencio llevándose el índice a los labios.

El mecánico terminó y dijo:

—Ya está.

—¿Qué era, Mike?

—¡Esto!

Las manos rudas del mecánico mostraban entre el dedo pulgar y el índice una pequeña pieza que él había renovado. Los tres hombres la examinaron atentamente y luego se miraron entre sí. El primero en hablar fue Joyce Wagner, preguntándole al mecánico:

—¿Cree cierto lo que está pensando, Mike?

—Estoy seguro, señor Wagner. ¡Esta válvula ha sido limada! Exactamente como la que le cambié el otro día en el acondicionador de sus habitaciones particulares.

Extrañamente, Yal Reale palmeó las recias espaldas del operario y contestó risueño, no deseando darle importancia al asunto:

—Está bien, Mike. Ya hablaremos de eso más tarde. ¿Quieres dejamos solos?

—Como usted diga, señor Reale. ¡Pero todo esto me escama!

El hombre saludó al joven ingeniero Joyce Wagner, que hizo lo mismo con otro gesto. Cuando quedaron solos, Yal Reale se encaró con su jefe al oírle decir:

—Está bien, Yal. ¡Suéltelo ya!

—Lo que me gustaría soltar es el nombre del canalla que está intentando asesinarte. ¡Con ésta ya son tres intentonas, Joy!

—¿Tres, Yal? La avería del acondicionador de aire en mis habitaciones, cuando llegué, y ésta misma, creo que son casuales... ¡No preparadas!

Yal Reale le miraba de hito en hito y Joyce Wagner prosiguió:

—Y, aun admitiendo que alguien me tenga la suficiente antipatía para desear que muera asfixiado, serían dos y no tres.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices del café?

Esta vez sí que Joyce Wagner le miró fijamente al inquirir:

—¿Qué café, Yal?

—El otro día, tan pronto aterrizaste en la plataforma número 15, salí a recibirte, porque me enteré que eras tú el que llegaba. Al pasar por la cámara 20 le dije a Sherlok que preparase café y lo llevase a mis habitaciones, para darte la bienvenida...

—Perdona, Yal: recuerda que en la cámara 32 nos encontramos a

Sergio y nos pusimos a hablar. Tenía un problema con unas turbinas agarrotadas.

—¡Eso te salvó!

—¿A mí?

—Sí, Joyce, a ti... El pobre Sherlock vio que no llegábamos y se bebió el café. ¡Está muerto!

—¡Diantre, Yal! ¡No lo sabía! ¿Por qué no me has dicho nada?

—No quería preocuparte. Y, además, hasta hoy no he estado seguro de que murió envenenado. Un ataque al corazón; pero el doctor Silvir le hizo la autopsia y cree haber encontrado en su estómago residuos de un líquido que le agarrotaron los nervios cardíacos.

—Despacio, Yal, despacio... ¿Estás seguro de lo que dices? ¿Crees firmemente que alguien de aquí está intentando eliminarme?

—¿Qué dices de esa válvula limada que nos ha enseñado Mike? Si confiando en el automático del renovador del aire sigues trabajando, en pocos minutos habrías perdido el conocimiento y... ¡zas!

Serio, reconcentrándose, el joven ingeniero astronáutico no pudo más que admitir:

—Estoy empezando a creerte, Yal. Ese mecánico dijo que en mis habitaciones particulares el otro día reparó una avería «exactamente igual».

Fue hacia el cuadro de mandos y pulsó un botón añadiendo:

—¡Voy a dar parte al superintendente!

—Yo que tú no lo haría, Joy —le aconsejó el amigo.

La mano sobre el pulsador, pero sin accionar el botón, Joyce Wagner se volvió con rapidez hacia el amigo:

—¿Por qué no, Yal?

—Tú apenas vienes por aquí e ignoras muchas cosas. El superintendente y el gobernador ahora son uña y carne.

—¿Sí? Antes se llevaban a matar. Hasta el Gobierno galáxico les llamó la atención porque se restaban autoridad el uno al otro.

—Ahora es distinto. ¡Son muy amigos!

Joyce Wagner meneó la cabeza, como deseando sacudirse un mal pensamiento mientras musitaba:

—De todas formas, resulta una solemne majadería pensar que alguno de los dos tiene algo que ver conesto. Si a Pierre Uri le puso el Gobierno galáxico al frente de la colonia que hay aquí, y nombró a Denison superintendente de Seguridad, no sé por qué van a tener algo que ver con mis atentados.

Por toda contestación, YalReale recordó:

—Antes, cuando estaba el mecánico aquí, me hiciste una pregunta, Joy.

—Sí, Yal: te preguntaba qué diablos ocurre con las astronaves. Están sufriendo unas averías y unos desgastes impropios del uso que se hace de ellas. Hace dos meses estuve en Júpiter y la flota destinada allí sehallaba en perfectas condiciones. Recuerdo bien que el general Mansfield firmó las dos órdenes juntas cuando se renovó el material de la Luna y aquel planeta. ¡Ycalcula tú la diferencia de distancia que tienen que recorrer unas y otras!

Con una sonrisa que deseaba fuese burlona, YalReale intrigó más al amigo al contestar:

—Es posible que las naves que están destinadas aquí hagan doble distancia y por eso están más desgastadas y se averían más. ¡Es posible, Joy!

—Déjate de misterios y habla claro de una vez, Yal.

—¡De acuerdo! Tú me lo pides y lo hago. ¡Y hasta con mucho gusto! Hace tiempo que tengo ganas de soltar a alguien todo lo que veo y voy almacenando. ¿Sabes que he pedido el traslado cinco veces y Pierre Uri no ha cursado mis peticiones?

—Te necesita: él es el gobernador de esta colonia y sabe los hombres que precisa.

—¡Narices! Sé que le hago poca gracia, pero no me deja salir de aquí. ¡Hace cinco años que mi piel no puede tomar el sol! Cuando salimos al exterior, siempre tenemos que estar metidos en esos condenados trajes espaciales. ¿Cuándo se van a convencer que esto es un mundo dormido, muerto?

—De la Luna sacamos muchas materias primas, Yal. Debemos

seguir su explotación.

—¡Pues que renueven el personal de vez en cuando!

A Joyce Wagner le sabía mal. Hacía años que conocía a Yal Reale y le consideraba un buen amigo. Y creyó conveniente recordárselo para calmarle:

—Aquí destinaron a los expedientados, Yal... Tú... tú cometiste una falta y la estás purgando. Pero no te puedes quejar: tienes un buen puesto, te consideran y dentro de poco..., ¡a la Tierra otra vez!

—¡Un cuerno! Mientras esté Pierre Uri de gobernador, no saldré de estos endemoniados túneles.

—Son muy confortables y tenéis toda clase de comodidades. Pero vamos a lo que interesa. ¿Por qué crees que Pierre Uri no te dejará salir de aquí?

—Porque sé muchas cosas. Tengo buenos oídos y he ido observando.

—¿El qué, Yal? ¿Qué tienes contra Pierre Uri?

—¡Es un canalla! ¡Un tipo sin sentimientos humanos! ¡Deberías ver cómo ordena trabajar a los condenados destinados para hacer más galerías y túneles!

—Es una cuestión suya, Yal. No me meteré yo en problemas de disciplina. Por otra parte, ya sabes cómo suele ser esa gente. Cien años atrás, las leyes les habrían condenado a la cámara de gas o a la silla eléctrica.

—¡Ya no estamos en el año 2000, Joy! ¡Eso pasó a la historia!

—Sigue con Pierre Uri. ¿Qué más tienes contra él?

—Se trae ciertos manejos misteriosos. Creo que está trasladando condenados a otros planetas.

Esta vez, Joyce Wagner exclamó:

—¡Eso no lo puede hacer! Su jurisdicción empieza y termina aquí, en la Luna.

Haciendo un fácil juego de palabras, malhumorado, YalReale comentó:

—Creo que los que estáis en la «luna» sois vosotros, los de la

Tierra.

—Vayamos por partes, Yal. ¿En qué te fundas para decir que Pierre Uri está trasladando a algunos condenados a otros planetas? ¿No comprendes que eso no es posible? De hacerlo, tendría que notificarlo al Gobierno galáctico.

—¿Y si no lo hace?

—Donde fueran recibidos, el gobernador tendría que notificarlo. ¿Con qué objeto se iban a poner los dos de acuerdo?

—Eso no lo sé, pero me consta que en este último año se han llevado de aquí a más de cinco mil. En las galerías 310 y 311 los trabajos se han abandonado por falta de personal. Esto me lo dijo Sherlock, que era el encargado de los suministros.

—¿Estás seguro, Yal?

Yal Reale pareció dudar ante la pregunta directa, y metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, como si pretendiera extraer de allí las ideas, empezó a hurgar al decir:

—Bueno... No estoy absolutamente seguro, Joy. ¡Ya te digo que obra de una manera muy misteriosa!

—¿Qué entiendes por eso?

Nuevas dudas, antes de contestar:

—Verás, Joy... Cuando alguien muere, aquí no se le entierra.

—¿Ah, no? ¿Qué hacéis con el cadáver? ¿Os lo coméis?

—Estoy hablando en serio, Joy. ¡No te burles!

—Si es así, procura decir algo sensato, muchacho.

—¡Es cierto! El gobernador ordena amontonar los cadáveres en una de las naves y a los pocos días regresa sin ellos.

—¿Y qué hacen con esos muertos? ¿Los arrojan al espacio, para que se desintegren solitos? Hay mucha fantasía en todo lo que cuentas, Yal. De obrar así, el superintendente se opondría. Denison no es hombre que acepte irregularidades y aquí está al cargo de la Seguridad.

—Te digo que últimamente Pierre Uri le ha convencido para que acepte todo lo que él ordena. Desde que le trajo a su hija Annie, los dos

están a partir un piñón.

Y creo que... que...

—¡Un momento, Yal! ¿Has dicho que Pierre Uri trajo a la hija de Denison aquí, a la Luna?

—Sí, eso he dicho. ¿Qué hay de raro en ello, Joy?

Aquí hay más de treinta mil mujeres.

—No es eso lo que me extraña, Yal. ¡Es otra cosa!

—¿Cuál, Joy?

—¡Que la hija de Denison murió hace más de dos años!

Yal Reale miró algo burlón al amigo, al comentar:

—El que ahora está diciendo sandeces eres tú, Joy.

Yo conozco bien a Annie y no hace tres semanas estuve bailando con ella en una gran fiesta que dimos en la galería número uno. Fue con motivo de la boda del doctor Silvir con su enfermera, la señorita Evdokia.

—¡Te digo que es imposible, Yal! La hija de Denison murió hace dos años en Florida. Precisamente yo estaba allí con una chica que era amiga de Annie y vimos cómo se ahogaba la pobre muchacha. ¡Asistí a su entierro, precisamente por eso, porque Sandra Murray, mi secretaria, era su amiga!

Yal Reale sacó las manos del bolsillo y dio una palmada al decir:

—¡Esta sí que es buena! Cuando quieras puedes hablar con Annie. Su padre la ha puesto al frente del Departamento de Estadística. Está en la galería 96, a unas cinco horas de viaje de aquí. Denison no ve con malos ojos que galantee a su hijita y le puedo pedir un vehículo para que nos lleve allí.

—Me gustaría mucho ir, pero tengo trabajo, Yal. ¡Me esperan un montón de informes sobre esta mesa!

Siguiendo con su aire festivo, para incitarle, YalReale preguntó:

—¿Y por esos papeluchos vas a privarte del placer de saludar a una resucitada, Joy?

—No estoy para bromas. ¡Te repito qué asistí al entierro de Annie!

La muchacha que Pierre Uri le trajo a Denison no será la misma. ¡Hay cosas que son materialmente imposibles, Yal!

—¡De acuerdo! Me pagas una cena si la muchacha que te presento no es Annie, la hija de Denison. ¿Vale?

—¡Vale, Yal! ¡Aceptado!

Y siguieron hablando de otras cosas más importantes, sobre todo de la sospecha de que alguien podía estar intentando eliminar a Joyce Wagner, tras todas aquellas averías mecánicas en el acondicionador del aire.

CAPITULO V

Acampanando la voz para que Joyce Wagner pudiera oírle bien, con el «menú» en la mano, alegremente, Yal Reale encargó al solícito camarero:

—Crema de algas, filetes de lenguado a la «Minier» y dos buenos escalopes de ternera.

Hizo una pausa y al instante añadió:

—¡Ah! La carne que sea con patatitas doradas. De postre, fruta variada. ¡Y un buen helado de tres pisos!

El camarero tosió discretamente, antes de advertir:

—Perdón, señor... Pero el precio de la carne varió últimamente. Ya sabe... Con eso de las dificultades en el transporte desde la Tierra...

Yal Reale miró sonriente al amigo, al aceptar:

—No importa. ¡Hoy paga mi amigo!

Ya solos ante la mesa, mientras esperaban a la muchacha con la que tenían que comer, Joyce Wagner comentó:

—Estás muy seguro de que pagaré yo, Yal. ¿Sabes que todo eso te

puede costar un mes de paga?

—Corro el riesgo, si la muchacha que te voy a presentar no es la hija de nuestro «querido» jefe de Seguridad.

Volvió la cabeza al oír un ligero taconeo femenino al instante identificó, exclamando:

—¡Ahí viene!

Annie Denison avanzaba por entre las mesas hacia ellos, saludando a derecha e izquierda a los conocidos. Era una mujer realmente atractiva, alta y espigada, sin haber cumplido aún los veintitrés años. Tenía el cabello y los ojos muy negros, enmarcando el óvalo perfecto de su rostro fino y aristocrático, con un ligero rictus de tristeza en sus labios, que intentaban sonreír.

Nada más verla, Joyce Wagner no tuvo que esforzarse en recordar: aquella muchacha era la misma que él había conocido, casualmente, en las playas de Florida haría unos dos años, cuando pasó unos días de vacaciones con su querida secretaria Sandra Murray, que fue quien se la presentó.

Mientras Annie Denison avanzaba hacia ellos guiada por el complaciente camarero, Joyce, fugazmente, recordó la tragedia de aquellos días: la hija de Denison había estado practicando esquí acuático y tuvo la mala suerte de golpearse en una de sus evoluciones contra una de las boyas. Perdió el conocimiento, y cuando lograron sacarla del agua ya estaba ahogada. Sobre la frente, un hilillo de sangre indicaba la herida, y luego vino el funeral y el entierro.

Todo lo recordaba perfectamente, y Annie Denison no era de las mujeres que se olvidan, una vez se las ha visto.

¿Cómo podía ser que ahora estuviera allí, delante de ellos?

Por eso, antes de que llegase ante la mesa, Joyce Wagner le susurró al satisfecho Yal Reale, que no dejaba de observarle:

—Tú ganas. ¡Yo pago la comida!

El amigo no contestó porque, en aquel instante, Yal Reale extendía su mano para estrechar la de la muchacha. Mutuamente, se sonrieron, y el joven ingeniero pensó para sí:

«Están enamorados...»

Dejó de pensar al oír la voz de Yal Reale, presentándole:

—Mi buen amigo Joyce Wagner. ¡El mejor ingeniero astronáutico de todos los tiempos!

Al entrar en contacto su mano con la fina piel de la mujer, Joyce comentó:

—Yal es muy amable. Pero creo que ya nos conocemos. ¿Verdad, señorita Denison?

Los ojos negros de la muchacha parpadearon levemente, pero al encontrar las pupilas del hombre cubrió las suyas con el velo de sus largas pestañas. Sus mejillas adquirieron un tono rosado y su voz sonó débil al negar:

—No, señor Wagner... Creo que me confunde con alguna otra mujer. Yo nunca he estado en Florida y...

Guardó silencio al ver la mirada de extrañeza en los ojos de Yal Reale y adivinar una chispita de malicia divertida en los de su acompañante, Joyce, que se apresuró a preguntar:

—¿Cómo dijo, señorita Denison?

—¡Oh, nada! Nada, señor Wagner... —se excusó ella.

Se sentaron. Pero los tres se notaban como algo violentos.

Joyce Wagner quiso romper la tensión y, olisqueando satisfecho la crema de algas, soltó el pullazo al amigo:

—Hiciste bien en elegir, Yal... ¡me encanta la crema de algas! Sobre todo cuando yo invito...

La muchacha les miró a los dos sin comprender y Joyce quiso remachar su triunfo al añadir:

—Antes dijo usted algo de Florida, señorita Denison. ¿De veras no se ha bañado en aquellas deliciosas playas?

La contestación resultaba excesivamente precipitada como para oler a sincera al oírle decir:

—¡Oh, no! Soy una tonta... No sé por qué le dijeantes eso. Quizá... quizá intuí que me lo iba a preguntar usted, señor Wagner.

—¡Fina intuición, señorita Denison! —insistió el joven ingeniero—. Míreme fijamente a los ojos a ver si adivina por quién voy a preguntarle ahora.

Annie Denison se turbó aún más. Sus mejillas adquirieron un tinte marcadamente rosado, parpadeó nerviosamente y se excusó, poniendo toda su atención, al parecer, en el plato:

—No crea que soy adivina, señor Wagner... ¡Realmente, esta crema es riquísima!

Luego se volvió hacia el serio YalReale para felicitarle por la elección del menú, cuando a su izquierda volvió a sonar aquella voz marcadamente varonil de Joyce Wagner, que tenía la virtud de ponerla nerviosa:

—Pues iba a preguntarle si hace mucho que no vea su buena amiga Sandra Murray.

Era preciso contestar, y la mujer giró la cabeza hacia él, fulminándole con la mirada de sus ojos negros.

Y su voz indicó, con cierta perplejidad fingida:

—¿Sandra?... No sé a quién se refiere, señor Wagner. —Pues a Sandra Murray, mi secretaria.

—¡No la conozco!

—¡Lástima! Es una chica excelente y se llevaría muy bien con ella. Una vez, precisamente en Florida, se ahogó una amiga suya y fue digno de verse con qué delicadeza y atención se cuidó de todo. Lo recuerdo perfectamente porque tuve que hacerle a Sandra un préstamo para aquel entierro inesperado.

Visiblemente molesta, Annie Denison dejó de comer, mirándole fijamente al indagar:

—¿Por qué me cuenta todo eso, señor Wagner? No creo que sea de muy buen gusto hablar de entierros mientras se come. ¡Me ha hecho perder el apetito!

Se levantó indignada, dejando la servilleta sobre la mesa y al ver que se disponía a retirarse, Joyce Wagner intentó detenerla:

—Le pido mil excusas, Annie. No creí que pudieramolestarla.

Sin dejar de mirarle, la muchacha le rectificó al instante:

—Nada de Annie, señor ingeniero. ¡Para usted soy la señorita Denison! ¡No nos conocemos de nada!

Yal Reale creyó conveniente intervenir:

—Por favor, Annie... Joy no ha querido disgustarte. Le conozco bien y sé que es incapaz de... de...

—Lo siento, Yal. ¡Pero ya me conoces! A veces me pongo muy nerviosa y tú no tienes la culpa si tu amigo me resulta antipático.

Joyce Wagner se molestó a su vez y esto le hizo replicar:

—Una vez tuve una amiga que se dio un golpe en la frente y desde entonces, por la menor cosa, se excita. Veo que usted tiene también una pequeña cicatriz ahí y posiblemente eso sea lo que la...

—¡Basta, señor Wagner! El que sea amigo de Yal no le autoriza a molestarme. Esta cicatriz me la hice siendo muy niña y a usted no le importa si el golpe afectó o no a mi sistema nervioso.

Le miró de arriba abajo olímpicamente, antes de retirarse al decir:

—¿Por qué no me pregunta si su presencia es lo que me irrita? Le aseguro que nunca me han gustado los hombres guapos y tan seguros de ellos mismos comousted. ¡Me dan grima!

Joyce Wagner no se ofendió. Más bien sonrió divertido al comentar:

—No puedo decir lo mismo de usted, Annie. Su presencia me recuerda unos días deliciosos de vacaciones en...

—En Florida, ¿verdad, señor Wagner? —terminó ella.

—Pues sí. ¡Precisamente en Florida!

—Pues yo le repito que jamás he estado allí. Y si toda esta comedia es para hacerle creer a Yal que me conoció y que no soy una chica muy recomendable, le aseguro que pierde el tiempo con sus intrigas. Yal me conoce lo suficiente para saber la clase de mujer que soy y le considero con el suficiente criterio propio para que no influya en él lo que usted se invente y puedacontarle. ¡Buenas tardes!

Se alejó taconeando con brío y Yal Reale, echando mano a la cartera, reconoció deportivamente:

—Pago yo la comida, Joy. ¡Que me aspen si no escierto que conociste a Annie Denison en Florida! ¡Ya viste cómo se ha puesto!

—¡Claro que es ella, Yal! ¡La misma! Tú dijiste enbroma que me perdería el placer de hablar con una resucitada... ¡Y resultó verdad!

—¡Alto el carro, Joy! Admito que Annie mienta por cualquier

motivo. Pero no que la viste muerta y asististe a su entierro. ¿Es que no has visto lo vivita que está? ¡Es un manojo de nervios!

—Pues te digo que es la misma a la que vi enterrar.

Cuando la sacaron del agua estaba bien muerta y Sandra se hartó de llorar. ¡Menudos días aquellos hasta que terminó todo! ¿Crees que puedo olvidar que me amargaron las vacaciones?

En aquel instante, dos hombres uniformados avanzaron por el comedor directamente hacia la mesa que los dos amigos ocupaban. Pertenecían al Cuerpo de Seguridad, y al llegar a su altura uno de ellos indagó, ya sacando las esposas:

—¿El ingeniero Joyce Wagner?

Los dos amigos se miraron y Joyce acertó a confirmar:

—Sí, agente. ¿Qué diablos pasa?

—¡Queda usted detenido! Hay una doble acusación de asesinato contra usted. ¡Andando, amigo!

—¡Eh! ¿Qué está diciendo? —aún protestó el joven ingeniero.

—Ya me ha oído. ¿Tendremos que emplear la fuerza?

—No... No hará falta, agente. ¡Pero ya aclararé todo esto!

Y Yal Reale vio alejarse al amigo, sin poder evitar pensar en la mujer a la que amaba.

En Annie Denison, la hija del jefe de Seguridad en la base lunar.

CAPITULO VI

Ante el jefe de la Seguridad en la Luna, Joyce Wagner empezó:

—Señor Denison... ¡Exijo una explicación a todo esto!

No fue Denison quien le contestó, sino un hombre joven que estaba junto a otro más bajito y rechoncho que respondió:

—Usted ya no puede exigir nada, señor Wagner. Regresará con nosotros a la Tierra.

—¿Y quién es usted?

—Jean Morley, sargento de la policía federal de Washington, en donde se han cometido dos asesinatos, en los cuales usted está implicado.

Joyce Wagner miró a aquel hombre fijamente, antes de indagar:

—¿Está loco? ¿Quién me acusa?

—Claney Turner, el que fue director, por muy pocos días, del laboratorio central de Washington.

—Me gustará que sostenga ante mí eso, teniente.

Esta vez fue el sargento Dikson quien contestó:

—No será posible... ClaneyTurner también ha sido asesinado.

—¡Vaya! Y... ¿cómo puede acusarme un muerto?

—Lo sabrá a su tiempo. ¿No le dice nada el nombre de Ada Oliver?

El acusado no se inmutó al admitir:

—Claro que me dice: Ada Oliver es una de mis mejores amigas. Hace muchos años que nos conocemos.

—Podrá seguir cultivando su amistad... ¡en la cárcel! Ella le espera allí.

Irritado, sintiendo que, al moverse, las esposas lastimaban sus

muñecas, Joyce Wagner gritó:

—¿También han detenido a Ada? Pero... ¿por qué? ¿Es que están locos todos?

—Asesinó a su marido, el profesor AceyBardot.

—¡Eso es ridículo! ¡Ada es incapaz de matar a una mosca!

—Eso nos dijo ella, pero... ¡ya, ya!

El sargento Jean Morley se dirigió al jefe de la Seguridad en la base lunar, al observar que Denison no había despegado los labios.

—Firme la extradición, señor Denison. Regresaremos en el próximo viaje.

El jefe de la policía de la Luna firmó, y sólo cuando entregó el volante a Jean Morley despegó los finos labios para decir:

—Lo siento, señor Wagner. Pero el hecho de que sea usted el mejor ingeniero astronáutico no le libra de sus enredos particulares.

Hizo una pausa antes de añadir, saliendo tras la mesa de su despacho:

—Por cierto que mi hija me ha dicho que se portó usted con ella muy groseramente. ¿Acaso esconde usted una doble personalidad, que desconocíamos?

Furioso, recordando el incidente con Annie Denison, Joyce bramó:

—Eso pregúnteselo a su propia hija. Resulta que la conocí en Florida y lo niega; allí la vi morir y ahora me la encuentro aquí. ¡Y me gustaría saber qué diablos se oculta tras todo esto!

Denison hizo una señal al sargento Jean Morley y al sargento Dikson, indicándoles:

—Pueden llevárselo. Cabe pensar si un exceso de trabajo no le ha vuelto loco. ¡Jamás pensé que el ingeniero Joyce Wagner tuviese madera de asesino! ¡Fuera de aquí!

Joyce Wagner quedó en un calabozo, hasta la hora de emprender el viaje de regreso a la Tierra. Probó fortuna diciéndole a uno de sus vigilantes:

—¿Puedo hablar con mi amigo YalReale?

La contestación resultó descorazonadora:

—No; está usted incomunicado.

Se sentó en el camastro y esperó, poniéndose a pensar. No encontraba explicación a la doble acusación de asesinato que decían pendía sobre él. El sargento Jean Morley, algo más amable y asequible que el rudo sargento Dikson, le había explicado las cosas por encima. Pero no llegaba a entender por qué Claney Turner, un hombre al que no había conocido personalmente, había tenido la «humorada» de acusarle a él y a Ada Oliver en aquel papel que escribió al sentirse morir.

No obstante, al llegar a la Tierra siempre le quedaba el recurso de la poderosa influencia del anciano general Mansfield, jefe de los talleres astronáuticos de Washington. Seguramente todo se aclararía y no tenía necesidad de pensar en ninguna coartada para demostrar dónde había estado en cada minuto, desde el fatídico día en que cayó asesinado al tomar su desayuno el profesor AceyBardot en el laboratorio. De la muertesimal de su ayudante ClaneyTurner no se había enterado, al no leer los periódicos por estar muy ocupado en la preparación de su viaje de inspección a la Luna; pero, de todos modos, también le mezclaban en aquello.

«Por lo visto, cree que soy lo que los legalistas llaman el "coautor del crimen" —pensó—. Y que Ada asesinó a su marido para quedar libre y poder casarse conmigo. ¡Es ridículo! Yo nunca he estado enamorado de Ada... ¿De dónde sacaría ese loco de ClaneyTurner que nos queríamos casar...?»

Había para desesperarse. Pero Joyce Wagner era un hombre de nervios bien templados y no lo hizo. Lo mejor era esperarlos acontecimientos y no pensar más

por ahora en todo aquel enredo.

Pero quedaba el «otro» enredo: lo que le había contado YalReale sobre el gobernador de la Luna. Y también le quedaba por averiguar por qué razón le habían

intentado matar por tres veces, desde que llegó en su último viaje de inspección.

¿Qué había querido decirle Yal al contarle que Pierre Uri se llevaba a los desterrados que cumplían sus condenas trabajando en las galerías que se construían en la Luna? ¿Por qué le dijo que allí no se enterraba a los muertos y que los cadáveres eran transportados en una

nave espacial, no sabía dónde?

Y luego, para colmo de complicaciones y quebraderos de cabeza, la inexplicable aparición de la bonita Annie Denison allí, en la Luna, junto a su padre, cuando él estaba bien seguro de haberla visto morir y enterrar en Florida.

¿Tenía alguna relación la llegada de Annie Denison con la reciente amistad entre el gobernador Pierre Uri y el jefe de la Seguridad, Denison? Antes siempre se habían llevado como el perro y el gato. Incluso un periodista, en un viaje que hizo a la Luna, regresó a la Tierra publicando una graciosa caricatura ilustrando un jocosos artículo.

Joyce Wagner recordaba a Pierre Uri pintado como un enorme perro bulldog gruñéndole a un esmirriado gato siamés, que representaba a Denison. Y el texto decía: «Sí, sí... Tú gobierna y grita. ¡Pero yo te vigilo!»

Y los políticos de la Tierra, haciéndose eco de todo esto, afirmaban que una razonable pugna entre los poderes de los hombres que regían las colonias terrestres en todos los planetas del sistema solar, en todos los satélites y en todas las estaciones espaciales, convenía al Gobierno de la galaxia, para que nunca un dictador improvisado surgiera entre ellos.

Pero ahora resultaba que, según el relato que le hizo Yal Reale, extrañamente desde la llegada de Annie Denison, el gobernador de la Luna y el jefe de la Seguridad estaban a partir un piñón. Ahora eran íntimos amigos mutuamente se secundaban las órdenes.

Sí: cada vez que Joyce Wagner le daba vueltas al asunto, encontraba que su buen amigo Yal Reale tenía razón:

¡En la Luna estaba pasando algo muy extraño!

Las horas seguían pasando y, en uno de sus paseos, el centinela preguntó:

—¿Le pasa algo, amigo?

Joyce Wagner no quería seguir pensando más y, para entretenerse, decidió hablar con el carcelero:

—Dígame: ¿por qué le destinaron a usted aquí? No es un trabajo muy agradable.

El hombrecillo pareció dudar, pero al fin dijo, tan aburrido como

el prisionero:

—¡Bah! Cosas que pasan en la vida. Yo era vigilante en una prisión de Marruecos, pero un día se me fue la mano.

—¿Se le fue la mano? No entiendo.

—Sí... Estábamos interrogando a un prisionero, le di un cachete y el muy imbécil se cayó al suelo. Tuve la mala suerte de que se golpeó en la nuca y... ¡al infierno!

—¡Vaya! Al verle, cualquiera le tomaría por un hombrecito inofensivo.

—¡Y lo soy! Pero ya le dije que tuve mala suerte.

—¿Le queda mucho?

—No: medio año. Ya llevo dos y medio destinado aquí.

—¿Qué me dice de los condenados? De los que trabajan en los túneles y las galerías.

—Que son escoria. Le ruego que no me compare con ellos. ¡Yo soy vigilante!

—No he querido compararle. Por lo que dijo, usted sólo tuvo mala suerte.

—Así fue. Esos tipos que trabajan en los túneles y abren las galerías, convirtiendo a la Luna en una pelota hueca, son gente de mala ralea. La mayoría ya cumplieron varias condenas en la Tierra y al final han venido a dar con sus podridos huesos aquí. ¡Lo están purgando!

—¿Por qué dice eso?

—¡Bah! Por nada... Pero los pobres diablos trabajan de firme.

Miró más fijamente al prisionero a través de los barrotes del ventanuco, y para darle «ánimos», comentó:

—A usted, a lo peor le traen también aquí. ¡Dicen que se cargó a dos tipos! Eso si no le fastidian allá abajo, en la Tierra.

Joyce Wagner no tenía ganas de discutir y admitió, encogiéndose de hombros:

—¡Psch! Pudiera ser. También he tenido mala suerte.

—¡Ya, ya! Ese sargento Dikson me dijo que mató a dos peces gordos.

El joven ingeniero ya seguía la conversación con desgana, y volvió a admitir, como excusa:

—Fue por «amor»... Quería casarme con la esposa de uno de ellos y el marido me estorbaba. Ella le puso un veneno en el desayuno.

—¡Valiente pájara! —comentó el hombrecillo, sacudiendo los dedos—. Es una suerte que no pueda casarse con ella y le hayan atrapado. Un día se cansaba también de usted y... ¡le liquidaba!

Aquel tipo sí que le estaba «jeringando» a él, pero por inercia quiso saber, al preguntarle:

—Y en caso de que me enviaran a cumplir la condena aquí, ¿adonde me destinarían?

—A sacar azufre en las galerías 310 y 311.

—Un amigo mío, jefe de los talleres de reparación de las astronaves, me ha dicho que esas galerías están abandonadas.

—Durante algunos meses nadie trabajó allí. Pero eso fue después de la epidemia. ¡Los pobrecillos cayeron como moscas!

—Cuatro o cinco mil, ¿no?

—¡Más, muchos más, amigo! Los había de todas las edades y colores. Blancos, negros, mulatos, chinos, japoneses y hasta esquimales. Estos últimos eran los que lo pasaban peor, siempre encerrados en las galerías, con su temperatura media de treinta grados. Uno, hasta hizo una poesía a la nieve que en su país había dejado. ¡Estaba tan loco como un grillo!

Joyce Wagner había conseguido llevar la conversación por donde le interesaba y volvió a preguntar, recordando las sospechas de su amigo YalReale.

—¿Dónde enterraron a tantos muertos?

—No lo sé fijamente: los suben hasta las plataformas y los meten en las naves. Luego se los llevan y creo que los entierran en el Cráter de la Muerte, en la otra cara de la Luna. ¡Ya sabe! Esa que nunca se podrá ver desde la Tierra y que sigue aún sin explorar. Yo sé todo esto porque estuve unos meses de vigilante en esas galerías: paga doble y dos días de descanso por uno de servicio.

—No está mal.

—¡Toma! Peor era en Maruecos. Estuve dos años en pleno Sahara vigilando a unos tipejos pequeñajos que se empeñaban en decir que eran marcianos. Luego se averiguó que era una tribu de pigmeos algo fantasiosos.

—¿Siempre se ha dedicado a vigilar a los hombres, a ser un simple guardián?

—Es mi oficio, amigo. ¿Qué quiere que haga? ¿Ustedno construye naves espaciales? Pues yo hago lo mío y en paz.

Se sintió solidario por aquella charla y ofreció:

—¿Quiere fumar, joven?

—Gracias. ¡Se agradece!

—Tenga: no quiero que me tome por un verdugo.

Yo sólo cumplo con mi obligación.

CAPITULO VII

Empleando todo el poder de su influencia, el anciano general Mansfield consiguió que su joven amigo, el ingeniero astronáutico Joyce Wagner, fuese tratado con consideraciones.

Pero la acusación era también firme, tenía todo el peso de la confesión de un hombre que en los últimos segundos de su vida deseaba que se castigase a los culpables y, por otra parte, la extraña actitud de Ada Oliver había venido a complicar más las cosas.

Desde su celda de la prisión federal de Washington, había llamado al fiscal general para hacer nuevas declaraciones. En ellas Ada Oliver se manifestaba culpable del doble asesinato de su esposo AceyBardot y de Claney Turner, aunque se excusaba diciendo que todo lo había hecho por amor.

Amaba locamente al joven ingeniero Joyce Wagner desde los tiempos de la Universidad, cuando los dos estudiaban juntos. Y aunque ella había contraído matrimonio por despecho con el profesor AceyBardot, confesaba que jamás dejó de perder la esperanza de unir su vida a la del hombre del cual seguía enamorada.

Estas declaraciones no favorecían en nada a JoyceWagner, ya que la nota escrita por uno de los hombres asesinados terminaba diciendo que «Ada Oliver había obrado así aconsejada por Joyce Wagner, porque los dos querían casarse una vez ella estuviera libre».

Fue en vano que el joven ingeniero negase toda complicidad en el asunto, pidiendo una entrevista con la propia Ada Oliver. Ella, mejor que nadie, podía negar que sus relaciones fueran de tipo amorosas, sin habersalido jamás fuera del cauce de la más sincera amistad.

El fiscal consideró que al ver las cosas perdidas, Joyce deseaba zafarse precisamente apoyándose en aquel loco amor que sentía la acusada por él. Seguramente le exigiría el sacrificio de su vida, haciéndole confesar a Ada Oliver que él nada había tenido que ver ni jamás le había aconsejado se librase de su marido.

—Es una astuta jugada a la que no contribuiré —comentó el fiscal.

Joyce Wagner estaba desesperado y consideraba la partida perdida, viéndose mezclado en aquel enredo delcual no alcanzaba a comprender los motivos. Cuandopensaba en todo esto era dar vueltas y más vueltas a un círculo vicioso, del cual no lograba salir. No comprendía por qué Claney Turner, un hombre al que jamás había conocido, en su nota postuma, minutos antes de morir, le acusaba. Tampoco llegaba a comprenderpor qué Ada Oliver, su mejor amiga de la infancia, seempeñaba en asegurar que estaba enamorada de él. En

unas relaciones amistosas de tantos años, Joyce jamás había podido observar el menor detalle en ella para sospechar una cosa así. Aunque ahora tuviese que aceptar que jamás había llegado a conocer del todo a Ada Oliver.

También estaban los tres atentados contra su vida sufridos cuando estaba de viaje de inspección en la base de la Luna. Pero a esto, como jefe de la policía federal de Washington, el tozudo Dean Masson se había limitado a decir:

—No es cosa nuestra, ni que esté relacionada con el caso. Es posible que todo fueran simples accidentes. Fortuitas averías en la conducción del aire acondicionado que allí es preciso utilizar.

Joyce Wagner creyó tener una idea y desde su encierro exclamó:

—¡El café! Un amigo mío llamado Yal Reale le hizo preparar café a un tal Sherlock para darme la bienvenida cuando aterricé en la Luna. Nos encontramos en la cámara 32 hablando con otro amigo llamado Sergio, y al ver que no llegábamos y el café se enfriaba, Sherlock se bebió mi taza. Sufrió al poco un ataque cardíaco y murió. A instancias de mi amigo Yal, el doctor Silvir le hizo la autopsia y parece ser que también encontró residuos de ese mismo líquido que causó la muerte aquí al profesor Acey Bardot y a su ayudante Claney Turner.

¿Llama a esto también una coincidencia, puro accidente, teniente?

El hombre que tomó su declaración se encogió de hombros y dijo:

—La Luna está muy lejos, señor Wagner. Todo eso que dice pudo pasar o no. Sería preciso hablar con ese doctor Silvir, desenterrar el cadáver de ese criado que murió al beber el café preparado para usted y hacer una nueva autopsia.

—¡Pues háganlo, diantre! Mi amigo Yal Reale les dirá dónde está enterrado ese hombre, si es que no vale su palabra o la del doctor Silvir. ¡Todo, menos condenarme injustamente!

—Le aseguro que...

—Diga al director de la prisión que deseo enviar un mensaje al general Mansfield. ¡Tiene que buscarme un buen abogado!

El deseo de Joyce Wagner se cumplió y hasta consiguió la libertad provisional, pero bajo pena de ser encerrado nuevamente sí salía de Washington. Con el apoyo del enérgico y activo general Mansfield, también logró que una comisión viajase a la Luna para realizar todas aquellas averiguaciones que pedía en su solicitud.

Y entonces fue cuando estalló la «bomba»...

La tumba del criado Sherlock estaba vacía.

¡Allí no había ningún cadáver!

Otro dato sospechoso: el doctor Silvir había muerto, al parecer de una embolia cerebral. Pero se buscó sucadáver y tampoco se le pudo encontrar.

La comisión enviada por el general Mansfield conferenció con el gobernador de la Luna y Pierre Uri ,dio toda clase de facilidades. Pero, ni aun con su colaboración oficial fue posible averiguar qué había sido de los dos cuerpos que ahora buscaban.

Sencillamente, por alguna razón que nadie llegaba a explicarse habían sido «robados» de su tumba.

Esto entrañaba un misterio y el caso fue tomandoenormes proporciones. Máxime cuando al requerir losde la comisión que fuese llamado Yal Reale, se les notificó que, desgraciadamente, también había muerto...

Claude Remy, el hombre que presidía la comisión, creyó conveniente decirle al gobernador de la Luna:

—¡Y todo esto ocurre delante de ustedes sin enterarse de nada! ¿Cree usted que será posible saber dónde fue enterrado YalReale?

—Supongo que en el cementerio general, señor Remy.

No tenía ningún familiar aquí, pero la hija del jefe de Seguridad parecía estar interesada por él. Pueden preguntar al señor Denison. Con toda seguridad ella se habrá cuidado del entierro.

Annie Denison fue requerida ante la comisión y la muchacha indicó una tumba del cementerio general,donde había orado tras la sencilla ceremonia. Los ánimos estaban recelosos y el que presidía la comisión ordenó a los obreros:

—¡Abran esa tumba ahora mismo!

Annie Denison quiso oponerse, pero fue preciso cumplir la orden de Claude Remy, quien esgrimió ante el mismo jefe de la Seguridad y el mismo gobernador los poderes especiales extendidos por el Gobierno galáxico.

¡Y aquella tumba también se encontró vacía!

El cuerpo de Yal Reale había desaparecido...

La pregunta de uno de los componentes de la comisión resultó punzante para las autoridades de la Luna, al decir:

—¿Debemos suponer que aquí alguien roba todos los cadáveres?

Como jefe de la policía de la Seguridad, Deninson creyó oportuno defenderse de la alusión:

—Nunca hemos puesto vigilancia en los cementerios. Se presupone que dos factores guardan de por sí a los muertos: el debido respeto a los difuntos y la inutilidad de robar sus cuerpos.

Pero Claude Remy respondió:

—Pues a la vista está que esos dos factores no bastan, señor Denison. ¡Desde ahora serán vigilados los cementerios!

El hombre que había herido con su comentario la susceptibilidad del jefe de la Seguridad, volvió a intervenir para indicar al presidente de la comisión:

—Creo que antes sería más oportuno examinar todas las tumbas, señor Remy. La desaparición de tres cadáveres es más que suficiente para empezar a sospechar en un caso general. ¿Qué le parece si empezamos ahora mismo?

Fueron requeridos más obreros y una por una todas las tumbas fueron abiertas.

Todas estaban vacías. ¡Los cadáveres habían desaparecido!

Como presidente de la comisión enviada desde la Tierra, Claude Remy consideró que antes de seguir investigando sobre aquello, debía pedir nuevas instrucciones a los miembros del Gobierno galáctico. Las comunicaciones directas por radio estaban controladas por el gobernador Pierre Uri y le requirió en tal sentido.

La contestación de Pierre Uri les dejó alarmados:

—Lo sentimos mucho, señor Remy. ¡No es posible!

Los veinte hombres que formaban la comisión quedaron boquiabiertos y al fin Claude Remy acertó a decir, lleno de recelos:

—Perdón, señor Uri... ¿Insinúa que no nos deja comunicar con la Tierra? ¿Quiere decirnos que somos sus prisioneros?

Pierre Uri se echó a reír complacientemente, excusándose:

—¡Oh, no, señor Remy! ¡Nada de eso! Ustedes pueden regresar a la Tierra cuando quieran. Su nave está preparada para el viaje en todo momento.

—Pero entonces, ¿por qué no nos permite utilizar la radio?

—Sencillamente, porque una «casual» avería nos hadejado sin comunicaciones directas. Y me temo que, a juzgar por la magnitud de la avería, tardaremos mucho en poderlas restablecer...

Claude Remy se retiró a las habitaciones que les habían sido destinadas con el resto de la comisión y allí, entre todos ellos tuvieron un largo cambio de impresiones que llegó a convertirse en una discusión acalorada. Muchos opinaron que aquello escapaba de sus atribuciones y que lo mejor era regresar a la Tierra ahora que aún tenían el permiso del gobernador Pierre Uri. Temían que, si seguían investigando, llegarían a un punto en que sus propias vidas estarían en peligro.

Claude Remy intentó calmar los ánimos de sus compañeros:

—Caballeros... Me temo que de no seguir investigando esto, a nuestro regreso nos llamarán cobardes. ¡Hasta ahora sólo podemos presentar un informe incompleto!

Uno de ellos, muy excitado y recordándoles antes que tenía mujer e hijos, terminó por objetar:

—No es un informe incompleto, señor Remy. En realidad se nos envió para que investigásemos sobre la muerte de un tal Sherlock. Bien: comprobamos que su cadáver había sido robado de la tumba donde debía estar. Esto nos llevó a preguntar por el doctor Silvir y ocurrió lo mismo. Pero las cosas se han ido enlazando de tal manera que hemos llegado a comprobar que aquí, en la Luna, todo el que es enterrado, más tarde desaparece de su tumba. Considero que una cosa de tal magnitud escapa a nuestras atribuciones y que es el Gobierno galáctico quien debe decidir qué diablos se hace al tropezar con una cosa tan extraña como ésta.

Vio la vacilación en muchos de sus compañeros y quiso rematar, añadiendo:

—¿Por qué no lo sometemos a votación?

Se hizo y fue una total derrota para los que opinaban como el presidente Claude Remy, anunciándose:

—Regresamos, señor.

—Bien: creo que ustedes han ganado. Pero esos votos me han demostrado una cosa. Esto rebasa, no nuestras atribuciones, sino nuestra capacidad y nuestra valentía para enfrentarnos con un problema que no nos atrevemos a investigar por completo. ¡Aunque me temo que puede tener mucha más importancia de la que parece!

Otro de los componentes de la comisión, como excusa ante las palabras acusadoras del presidente, manifestó:

—Reconozca una cosa, señor Remy:prácticamente estamos solos e indefensos ante una misteriosa confabulación de las autoridades de la Luna, pues es imposibleimaginarse un saqueo general de los cementerios, sin que "esas autoridades se hayan enterado.

El hombre hizo una estudiada pausa antes de añadir:

—Por lo tanto, si ahora tenemos la oportunidad de poder llevar estos informes a la Tierra, aunque como usted dijo antes sean incompletos, ya son algo. En la Tierra enviarán a otra comisión más nutrida y mejor protegida, y si ello es preciso escoltada por un ejército.

No se discutió más y horas después la gigantesca astronave partía desde su rampa de lanzamiento rumbo a la Tierra, llevando a todos los importantes miembros de aquella comisión.

CAPITULO VIII

Nerviosa y excitada, la rubia Sandra Murray daba rienda suelta a su enfado, al enterarse que nada más salir en libertad provisional Joyce Wagner no había ido a verla. En sus palabras anteriores con él se reflejaban los celos y una de sus objeciones al joven ingeniero fue:

—Nunca me dijiste que Ada Oliver estuviera tan enamorada de ti, y que tú alimentabas esas esperanzas.

Joyce Wagner estaba también disgustado, al mismo tiempo que cansado de la agitación de los últimos días.

No tenía ganas de discutir, pero ante el reproche replicó:

—Todo eso son bobadas, Sandra. Ni yo he alimentado nunca las esperanzas de Ada, ni ella ha estado jamás enamorada de mí.

—Entonces, ¿por qué lo dice?

—No lo sé, cariño. ¡Palabra que no lo sé! En todo esto hay algo que escapa a mi comprensión. ¡Y aún dudo que Ada haya asesinado a su marido!

—Sí, eso. ¡Defiéndela encima!

—No la defiendo, pero conozco muy bien a Ada para pensar que ha sido capaz de una cosa así. Admito que no estuviera muy enamorada de su esposo. Pero me consta que le respetaba y le quería... a su manera. Al menos, siempre decía que el profesor AceyBardot era un santo.

—Y por eso, ella le envió directamente al cielo.

Joyce Wagner miró a la muchacha rubia con enfado al decir:

—Es un comentario de mal gusto, cariño. ¿Y es que vamos a

discutir nosotros ahora? Ven aquí y...

—¡No, Joy! —rechazó ella—. Perdona, pero no estoy para arrumacos. ¡Tengo los nervios de punta!

—Enfocas mal las cosas, Sandra. Aun admitiendo que Ada sea la asesina de su marido y de Claney Turner, yo no tengo ninguna culpa.

—Ella ha afirmado en su declaración que mató a su esposo para ser libre y poder casarse contigo. Y al otro porque se enteró de lo que había hecho con su marido. ¡La cosa está clara!

—Bien: incluso así, ¿qué vela toco yo en ese entierro?

—La nota que dejó escrita Claney Turner lo dice bien claro. ¡Tú incitaste a esa loca al crimen!

Joyce Wagner se levantó molesto y arrojó con fuerza el cigarrillo al cenicero. Las palabras de Sandra Murray eran insultantes y explotó:

—¡Basta, Sandra! Si de veras crees una cosa así, deberías arrojarme de tu casa.

La muchacha le miró entre el velo de sus lágrimas al confesar:

—No puedo hacerlo, Joy. Aún... aún te quiero.

—¿Entonces?

—Estoy llena de dudas. ¿Es que no puedes comprenderme?

—¿Y tú a mí? ¿Me comprendes? ¿Cómo crees que se siente un hombre que se ve metido hasta el cuello en todo esto, sin saber al menos por qué?

Paseó nervioso, sintiéndose cada vez más irritado. Ahora que estaba libre quería hablar personalmente con el general Mansfield, pero antes debía aclarar la postura de Sandra Murray hacia él.

Amaba a aquella mujer con toda la fuerza de su corazón. Con todas las ansias de su cuerpo y su cerebro. Sandra Murray había llegado a ser para él parte de su vida y no podía ni quería renunciar a ella.

Y, mucho menos, por algo totalmente ajeno a los dos. Por algo de lo que él era y se sentía inocente.

Volvió a quedar con los brazos extendidos hacia ella, suplicando:

—Ven aquí, Sandra. Sabes cómo te quiero y lo que significas para mí. Al menos dame el consuelo de tu confianza y comprensión. ¡Créeme que lo necesito mucho!

La muchacha corrió hacia él y se refugió en los brazos del hombre amado. Pero no le ofreció como en otras ocasiones sus jugosos labios. Su cabeza quedó apoyada en el pecho masculino y allí, agitado todo su cuerpo por las convulsiones del llanto, dejó que él peinase los sedosos cabellos rubios con sus manos.

—Todo pasará, Sandra —volvió a musitar el hombre—. Esto es como una pesadilla que tendrá su final.

Volveremos a reír, a ser felices, a sentirnos identificados como antes. Repito que ahora sólo necesito tu confianza en mí. Me irrita que puedas pensar por un momento que Ada y yo teníamos relaciones secretas. Y mucho más que dudes sobre si yo le daba consejos para que asesinara a su esposo.

—Pero, esa nota... Lo que dicen todos —balbuceó ella.

—¡Al diablo esa nota escrita por Claney Tumer! Aquí, lo que realmente importa somostú y yo. ¡Tú y yo solamente, Sandra!

—Sí, Joy. ¡Tú y yo!

—Claro, cariño. Demos tiempo al tiempo y todo se aclarará. Hay un montón de cosas que por raros caminos creo que están mezcladas con esto y tengo mucho interés en dejarlas en su punto. Pero para eso necesito ánimos. ¡Y esos ánimos vienen de la fuente de tu cariño, Sandra!

La mujer se rindió y esta vez sí que le ofreció los labios. Los dos sintieron la tibia caricia, dulce y embriagadora y se entregaron a ella con todas las potencias de su ser.

Poco después, Joyce Wagner se despedía y, antes de salir, prometió desde la puerta:

—Esta noche volveré, cariño. Tengo que hablar largo y tendido con el general Mansfield. Hasta luego, miamor.

El viejo militar miró a su joven ingeniero jefe y suspiró, jugueteando sus dedos con la pipa:

—En buen lío estás metido, Joy —manifestó—. ¿Oíste el último boletín de noticias?

—No, señor. Estuve visitando a Sandra.

—¡Pobre muchacha! Tuve que darle unos días de descanso. Todo esto la ha afectado mucho.

Joyce Wagner quiso soslayar aquel problema que le laceraba y preguntó:

—¿Qué dijo el último boletín de noticias, señor?

El general Mansfield pareció salir de su momentáneo abatimiento, para recuperar su tono enérgico al recomendar:

—Agárrate bien, muchacho. ¡Vas a necesitarlo!

—Por favor, general... ¡Hable ya!

—Pues ahí va, Joy... ¡Ada Oliver se ha suicidado!

Joyce Wagner dio un bote sobre la butaca en que estaba sentado, no acertando nada más que a exclamar:

—¡No!

—Así es, Joyce... La encontraron en su celda muerta. Al parecer, un ataque cardíaco.

—¿Eh? ¡Un momento, general Mansfield! Acaba de decir que se ha suicidado, y si fue un ataque cardíaco...

—Es que tras hacerle la autopsia, se han encontrado residuos de un veneno en su estómago. Ese líquido le agarró los músculos del corazón y...

—¡Lo mismo! ¡Lo mismo que los otros!

—¿Qué dices, Joy?

—Que no ha sido un suicidio, señor. ¡Ha sido otro asesinato! ¡La han matado!

—Cálmate, muchacho. Admito que existen coincidencias, pero...

—¡Estoy seguro! Su esposo AceyBardot y Claney Turner murieron de igual modo.

—Ada Oliver admitió en sus últimas declaraciones haberlos matado así. Ella bien pudo conservar un poco de ese veneno entre sus ropas y desesperada...

—¡De acuerdo! Admitamos que eso es posible. Pero en la Luna, a cuatrocientos mil kilómetros de aquí, un hombre fue asesinado de igual modo el día que yo llegué en mi último viaje de inspección. ¡Y ese veneno estaba destinado para mí!

—¿Te refieres a ese criado llamado Sherlok. del cual me hablaste?

—¡Exacto! También le hablé de todos los recelos de mi amigo YalReale. El cree que...

—Creía, Joy... ¡Tú amigo ya no puede creer nada!

Joyce Wagner volvió a dar otro respingo en la butaca, esta vez levantándose por completo al indagar:

—¿Qué pasa, general Mansfield? ¿Qué intenta decirme sobre Yal?

—Que ha muerto, muchacho. Aquí tengo todos los informes de la comisión que envié a la Luna para investigar la muerte de ese criado Sherlok. ¡Las sorpresas desagradables se han ido multiplicando!

La mano del general Mansfield señalaba unos papeles que descansaban sobre la mesa de su despacho. Joyce Wagner se acercó a los documentos y se puso a leer:

«Informe de la comisión presidida por Claude Remy.»

La voz del anciano general interrumpió su lectura:

—Ahórrate trabajo, Joy. Ese Claude Remy es un buen hombre, pero llena siempre sus informes de tecnicismos y palabras huecas. Para decir una cosa emplea mil rodeos, aunque siempre con el afán de informar bien.

Joyce Wagner volvió con todos aquellos papeles al asiento de cuero frente a su jefe y éste añadió:

—En pocas palabras te contaré los resultados de esa comisión. ¡Realmente es algo increíble!

Lo hizo así sin omitir ninguno de los importantes detalles que había visto la comisión presidida por Claude Remy en la Luna, y al terminar con voz cansada remató:

—...Y eso es todo, Joy. ¿Qué te parece?

—Que es mucho, mi general. Si la muerte del criado Sherlok no fue casual, la del doctor Silviri y la de mi amigo YalReale... ¡Mucho menos! ¡También les han asesinado!

—¿Pero quién, muchacho, quién?

—No lo sé, señor. Pero intuyo que tras todo esto se oculta algo realmente monstruoso. Eso de profanar las tumbas, robar los cadáveres y hacerlos desaparecer, huele muy mal.

De pronto, tuvo una idea repentina en su afán por relacionar las cosas que le ocurrían con lo que la comisión de Claude Remy había descubierto en la Luna y dijo, como para él mismo:

—Me gustaría saber si el cadáver del marido de Ada sigue en su tumba.

El anciano militar aceptó la idea al decir:

—Ordenaré que lo averigüen.

Se levantó y al hacerlo su viejo reuma se puso demanifiesto. Lo consiguió al segundo intento y logró llegar hasta la mesa. Allí accionó el visófono y cuando en la pantalla apareció el rostro de la secretaria que sustituía a Sandra Murray, la voz cansada del general Mansfield rogó:

—Por favor, Tina: localíceme al director General de Sanidad y póngame en comunicación directa con él. ¡Esmuy urgente!

La voz cantarina de la muchacha llegó hasta el sentado Joyce Wagner:

—Sí, señor. Lo intentaré.

Cuando el general Mansfield volvió a estar sentado frente al joven ingeniero, Joyce Wagner le preguntó, agitando levemente el informe de Claude Remy:

—¿Qué hará con todo esto, señor?

—Lo enviaré para su estudio al Gobierno galáxico. Son ellos los que toman decisiones en casos tan serios como estos. Y mucho me temo que el puesto de gobernador y el del jefe de la Seguridad en la Luna, peligren.

—Opino como usted, mi general. Ese Pierre Uri y Denison son muy sospechosos. ¿Se ha logrado ya establecer comunicación directa con la Luna?

—Todavía no. Pero el secretario de Defensa ha enviado a toda una división para allí, en caso de cualquier emergencia.

—Una división es poco, mi general.

—No lo crea, Joy. Van provistos de armas atómicas y en caso de que ese Pierre Uri y Denison estén tramando algo, la intervención de esa división será decisiva. En ningún planeta ni satélite del sistema solar hay armas nucleares. Es una prudente medida que el Gobierno galáctico tomó hace tiempo.

Joyce Wagner estuvo a punto de contarle al anciano militar la gran sorpresa que recibió cuando en la Luna, su buen amigo YalReale, le presentó a Annie Denison, la hija del jefe de Seguridad a la que él y Sandra Murray habían visto morir ahogadas dos años atrás en una de las playas de Florida; pero consideró que si bien podía estar aquel caso relacionado con todo lo que estaba ocurriendo, nada adelantaría hablando de aquello al cansado Mansfield.

Debido a su alto puesto en los talleres astronáuticos, aquel anciano ya tenía suficientes quebraderos de cabeza y aquello, en el fondo, no era más que un dato suelto.

Un dato suelto, pero que Joyce Wagner estaba seguro correspondía a una de las piezas de aquel complicado rompecabezas.

Por la cuenta que le tenía y por la forma en que se había visto complicado en todo aquello, a Joyce Wagner le interesaba mucho desenredar todo el problema. Por eso solicitó de su jefe:

—¿Podría hacerme el favor de darme también a mí unas vacaciones, señor? Le confieso que ahora no sería capaz de trabajar en ningún proyecto. Mi puesto podría ocuparlo momentáneamente Cotten y...

—Ya he pensado en eso, Joy. Durante los días que has estado detenido, Cotten se hizo cargo de todo.

—Es un gran muchacho y tiene buena voluntad, señor.

Socarrón para quitarle solemnidad a todo lo que estaban tratando, el anciano militar preguntó, viendo que su joven ingeniero se levantaba:

—¿No tienes miedo de que Cotten te quite el puesto?

—No, señor. Lo único que me preocupa por ahora es todo esto que está pasando. Y en todo caso, si Cotten gana mi puesto, sea en buena hora: ¡Somos buenos amigos!

—¿Dónde vas ahora, Joy?

—A mi casa, a darme una buena ducha, a descansar unas horas y luego prometí a Sandra cenar con ella.

En el fondo, sólo cuando se pierde la libertad, llega uno a apreciar lo que vale.

—Ya le eché la caballería a DeanMasson por tu injusta detención. Pero me contestó muy digno que, como jefe de la policía federal de Washington, sólo cumplió con su obligación ante los cargos que pesan sobre ti.

Los dos hombres se estrecharon las manos, mirándose francamente a los ojos con amistad y el jovenpreguntó al anciano:

—¿Le molestará si le llamo para saber si el cadáverdel profesor AceyBardot sigue en su tumba, señor?

—Puedes hacerlo, muchacho. Tan pronto consiga el permiso del director General de Sanidad y sepamos algo, te lo diré. ¡Y hasta creo que yo mismo iré para saber si ha desaparecido de su tumba el cuerpo del profesorBardot!

Minutos después, Joyce Wagner abandonaba el gigantesco edificio central.

CAPITULO IX

Nada más dejar las instalaciones de los talleres astronáuticos, el vehículo enfiló por la autopista número dos para marchar directamente hacia Washington. Pero al mirar por el retrovisor en uno de los cruces, Joyce Wagner creyó observar que otro vehículo le seguía.

Se fijó con más atención y vio que era un último modelo color guinda, con motor a reacción y por lo tanto muy capaz de adelantar al suyo. Pero, aunque élaminoró la marcha colocando el automático, el vehículo que venía detrás debió hacer lo mismo y no le adelantaba.

«O me está siguiendo alguien —pensó—, o yo estoy obsesionado.»

Decidió parar del todo y hacerse a un lado de la autopista. El vehículo sospechoso pareció vacilar, pero al poco pasó como una exhalación ante él perdiéndose en la ancha cinta de la carretera. Joyce Wagner respiró hondo y más tranquilo, reanudando su marcha, pero para torcer por la avenida Kennedy, aunque tuviese que dar un gran rodeo para llegar a su casa.

Al bajar frente a su residencia volvió a ver al vehículo color guinda, estacionado entre otros en uno de los aparcamientos. Molesto, avanzó decidido hacia él y antes de llegar comprobó que estaba vacío. Entre la gente que pasaba era muy difícil identificar a los propietarios del vehículo color guinda. Se encogió de hombros y dos minutos después subía en el ascensor hacia su apartamento.

El chico del ascensor le sonrió como otras veces y al quedar solos en el trigésimo noveno piso le susurró, confidencialmente:

—No hace mucho, una señorita me preguntó por usted.

Había picardía en los ojillos del muchacho, que añadió guiñándole un ojo:

—¡Era muy guapa, señor Wagner!

Joyce Wagner también prefirió adoptar una postura confidencial y preguntó, también en voz baja:

—¿Rubia o morena?

—Castaña, señor. Con unos grandes ojos pardos. ¡Y muy elegante!

Joyce Wagner tuvo una idea que al instante rechazó: «Ada Oliver», pensó.

Pero su lógica que dijo que no podía ser. Su antigua amiga de

estudios en la Universidad había sido detenida hacía unos días y ahora, por los informes del general Mansfield sabía que había muerto en su celda.

¿Asesinada?

En todo caso, si se habían dado mucha prisa, hasta era posible que ya estuviese enterrada. Pero dejó depensar y le dijo al chico del ascensor:

—Conque castaña, con ojazos pardos y muy elegante, ¿verdad?

—Sí, señor. Y algo nerviosa parecía.

—¿Qué hiciste cuando te preguntó por mí?

—La subí hasta aquí, señor. Le indiqué la puerta.

—Bien hecho, muchacho. Siento no haber estado en casa.

—Ella también parecía sentirlo mucho, cuando la bajé en otro viaje. Me dijo que le llamaría.

—Gracias. Voy por si lo hace ahora mismo.

—Buenas noches, señor Wagner.

Ya en la ducha, dejando que el agua fría tonificase su cuerpo, Joyce Wagner volvió a pensar:

«Castaña, con ojos pardos y muy elegante... ¿Quién puede ser y qué diablos quería esa mujer de mí?»

El teléfono sonó cuando se disponía a dormir un poco, tras tomar un bocado. Lo confundió primero con el despertador colocado en la hora para no hacer tarde a la cita que tenía con Sandra Murray. Al fin se incorporó y preguntó con desgana:

—¿Quién es? Aquí Joyce Wagner.

Una voz muy conocida le llegó al tímpano a través del auricular, dejándole helada la sangre:

—Soy yo. ¿Me conoces, Joy? Ada Oliver...

Tuvo que tragar saliva antes de poder volvera hablar, cruzando mil pensamientos su cabeza:

—Sí, claro, Ada... ¡Claro que conozco tu voz! ¿Quéquieres y desde dónde me llamas?

La inconfundible voz de Ada Oliver llegaba nítida y clara a su oído:

—Te llamo desde una cabina pública, Joy. ¡Necesito hablarte!

El también necesitaba hablar con Ada Oliver. Llevaba días deseando hacerlo y cuando le informó el general Mansfield que había muerto, sintió que nunca más volvería hacerlo.

Sin embargo, ahora...

Tenía mil preguntas en la punta de la lengua, pero sólo acertó a decir:

—¿Has venido no hace mucho a mi casa, Ada?

—Sí, Joy: el chico del ascensor me dijo que no estabas.

Joyce Wagner se pasó la mano libre del auricular por los ojos y soltó la pregunta que creía más lógica:

—¿Cómo es que te han soltado? ¿Cómo es que andas libre por ahí, Ada?

La respuesta no fue lógica y le confundió todavía más:

—No me han soltado, Joy... Ellos... ellos creen que sigo todavía allí.

—¿Allí? ¿Dónde diablos es allí, Ada, por favor?

La voz de la mujer tardó algo más en llegar al decir:

—En el cementerio... Enterrada en el cementerio.

Joyce Wagner sintió miedo en la espina dorsal. Pero también sintió furor y agarrando con las dos manos el auricular gritó, irritado:

—¡No estoy para bromas de mal gusto, Ada! ¡Somos amigos de muchos años y me enorgullecía 'Be ello! ¡Pero últimamente debes estar loca de remate! ¿Sabes que me has metido en un buen lío? Y ahora... ahora me dices que no te han soltado de la cárcel, pero que estás libre, llamándome desde una cabina pública. ¡Y añades que «ellos» creen que sigues «allí», enterrada en el cementerio! ¿Quieres explicarme de una condenada vez todo esto? ¿Es cierto que te suicidaste, o te asesinaron? ¿Estás viva... o estás muerta?

Nueva pausa en la voz de la mujer, hasta que le llegó casi como un tenue susurro una afirmación que aún encrespó más a su irritado comunicante:

—Sí, Joy. He estado muerta. He estado enterrada, pero ahora... ahora...

—¡Basta de sandeces, Ada! Dime dónde estás y voy para allí.

—En la bifurcación de Lincoln Street y Park Avenida, tras un quiosco de periódicos y revistas que hay. Al lado hay una cabina telefónica. ¡Pero no debo esperarte aquí!

—¿Por qué no?

—¡Pueden reconocerme, Joy! Nadie debe saber que he resucitado.

Sentándose en la cama revuelta, con el auricular pegado materialmente al oído, Joyce Wagner abrió mucho la boca al exclamar:

—¿Cómo...? ¿Que has resucitado dices?

—Ya te lo explicaré luego todo, Joy. ¿Recuerdas dónde nos veíamos antes de que me casara con AceyBardot?

—Sí, Ada. ¡Lo recuerdo perfectamente!

—Pues te espero allí. ¡No faltes, por favor!

El «clik» del teléfono le anunció que Ada Oliver había colgado.

Bueno, Ada Oliver... ¿O un fantasma?

Porque el perplejo Joyce Wagner, en pijama y sentado en la cama, todavía sin colgar el teléfono, quedó tan confuso y anonadado que no sabía qué pensar.

Fue al quedar así, con el auricular descolgado, cuando comprendió que aquella extraña conversación telefónica había sido escuchada por alguien más que él. Nerviosamente aplicó otra vez el auricular al oído y pudo escuchar una voz pastosa e impersonal que comentaba con otros:

—Hicimos bien en interceptar el teléfono de ese pájaro, jefe. Ha tenido una conversación muy rara con una chica llamada Ada. ¡Al parecer le quiere gastar una broma! Le dijo que había muerto, que la habían enterrado, pero que estaba vivita y coleando... ¡Resucitada! ¡Ja, ja, ja!

Algo más lejana, Joyce Wagner alcanzó a distinguir otra voz que ordenaba:

—Dígale al sargento Morley que siga a ese Joyce Wagner, para ver quién es esa bromista.

Muy despacio, para que no se dieran cuenta de queél a su vez también les había escuchado, Joyce Wagner colgó el auricular y se incorporó sobre el lecho. Se vistió velozmente mientras pensaba:

«La policía tenía mi teléfono intervenido. Claro...

Me dejaron en libertad provisional, pero aún sigo siendo sospechoso para ellos. ¡Méenos mal que Ada no dio el nombre de donde nos podemos encontrar! Sólo ella y yo conocemos el sitio. Sólo tengo que darle esquinazo a esos sabuesos y veré a Ada. ¡Tendrá que explicarme muchas cosas! Entre ellas, eso de que ha "resucitado".»

Al pasar junto al perchero cazó al vuelo el sombrero y, ya fuera, cuando ante su llamada acudió el chico del ascensor, le preguntó:

—¿Por dónde saldrías tú del edificio si quisieras que alguien que te espera en la puerta no te viera?

—Eso es fácil, señor Wagner. Utilizaría la escalera de servicio.

—¿Me quieres guiar?

El billete que Joyce Wagner tenía en la mano le ayudó a decidirse al muchacho que le indicó, saliendo del ascensor y cerrándole:

—Venga por aquí. Utilizaremos el montacargas.

Mientras bajaban, el joven ingeniero creyó oportuno reconocer, por decir algo:

—Eres un chico listo, muchacho.

—¡Bah! No tiene importancia, señor Wagner. Las mujeres a veces se ponen pesadas y los hombres tenemos derecho a darles esquinazo.

«Este piensa que huyo de la mujer que me vino a buscar —pensó Joyce Wagner—. Mejor: no seré yo quien le desengañe.»

Puso cara de circunstancias encogiéndose de hombros, remachando la idea:

—Sí, chico... Tengo otra cita y ésa no debe verme.

Cuando descendieron hasta el sótano, el hombre preguntó al muchacho:

—¿Por dónde se sale?

—Por el parking: tiene siete plantas y si toma esa dirección verá que enlaza con el monocarril que va hacia Hurtingtown.

—¿Hacia Hurtingtown has dicho?

—Sí, señor Wagner: los trenes vienen cada cinco minutos.

—¡Esto es estupendo, muchacho! Realmente estupendo. Precisamente yo tengo que ir a Hurtingtown.

—¿A esa otra cita, señor?

—Tú lo has dicho. ¡A la cita más sensacional a la que puede acudir un hombre!

—¿Sí?

—¡Calcula tú que ha vuelto del otro mundo para verme...!

El ascensorista silbó admirativamente, antes de exclamar:

—Tiene que enseñarme su táctica, señor Wagner. Hay una camarerita en el décimo piso que está que...

Joyce Wagner le dejó con la palabra en la boca, siguiendo la dirección que le había indicado el avisado empleado, para llegar a la galería por donde debía pasar el monocarril que le llevaría a Hurtingtown, lugar donde, algunos años atrás, había pasado algunas tardes con su amiga Ada Oliver.

Sólo que ahora las cosas eran muy distintas y no acudía a aquella cita para divertirse.

Pero sí acudía para ver de contestarse un sinfín de preguntas.

CAPITULO X

Por un instante, Joyce Wagner tuvo la sensación de que los años no habían pasado. Ada Oliver estaba sentada en el mismo banco que, tiempo atrás, cuando ellasalía de la academia y él del instituto de ingenieros astronáuticos, utilizaba para esperarle y regresar los dos juntos a Washington.

Joyce Wagner no pudo evitar un estremecimiento al pensar fugazmente la cantidad de cosas que habían pasado desde entonces.

Sin embargo, allí parecía seguir todo igual y hasta Ada se levantó con la misma prontitud del viejo banco,cuando le vio avanzar cruzando la calle hacia el jardincillo central. Procuró olvidarse de lo que no hacía mucho los dos habían hablado por teléfono, para mirarla francamente a los ojos grandes y pardos, aprisionando con las suyas las dos manos de la mujer, que tambiénle sonrió.

—Hola, Ada. ¿Cómo estás, pequeña?

—Me gustaría poder decirte que bien, Joy. ¡Pero no es así!

—¿Te encuentras mal?

—No, no es eso. De salud estoy bien. ¡Pero muypreocupada!

Soltó una de sus manos para guiarla al banco nuevamente. El jardín daba a una glorieta con estanque, endonde por las mañanas muchas palomas se bañaban y bebían. Ahora, las sombras de la noche ocultaban los contornos, pero los dos conocían muy bien todo cuanto les rodeaba.

La calle quedaba lejos, apartada, y el jardín parecía un oasis de paz hasta el que apenas llegaban los ruidos del tráfico y la gente en su constante ir y venir. Unavez sentados en el viejo banco, Joyce Wagner cruzó las piernas y ofreció un cigarrillo a la mujer. Cuando se lo encendió pudo observar que Ada temblaba.

—¿Frío? —se limitó a decir él.

—No, Joy... ¡MIEDO!

—¿De qué, Ada? ¿Miedo de qué?

Ella le contestó a la tercera bocanada de humo, denso y aromático.

—Miedo a «ellos»... Les prometí que no le diría nada a nadie. ¡Lo prometí solemnemente, Joy!

Joyce Wagner miró a la esfera luminosa de su reloj y mentalmente se dijo que ya era la hora de su cita con Sandra Murray. Pero quería aclarar las cosas de una vez con Ada Oliver y arrellanándose en el banco arrojó la punta del cigarrillo hacia el estanque, proponiendo pausadamente:

—Vayamos por partes, Ada. He venido a charlar contigo porque es preciso que aclare muchas cosas. Pero lo vamos a hacer por orden, para no perdemos en un mar de confusiones. ¿De acuerdo?

—Como tú digas, Joy.

—En primer lugar, dime una cosa. ¿Asesinaste a tu esposo? ¿Sí o no?

—¡No, Joy! Yo...

El la atajó con un movimiento enérgico de sus manos. Insistía en que no debían perderse los dos en un mar de explicaciones y por eso repitió:

—Los comentarios después, Ada. Ahora sólo quiero que contestes a mis preguntas de una forma lo más concisa posible. Vamos por la segunda: ¿Asesinaste aClaney Turner?

—¡Tampoco! Fue él quien me llamó a su casa aquella mañana. ¡Yo no le eché nada al café de su desayuno!

—Está bien. Yo te creo porque me consta que a mí no vas a mentirme. Y ahora perdona que en mi pregunta sea tan directo... ¿Estás o no estás enamorada de mí?

Ada, Oliver pareció turbarse un instante, pero la oscuridad de la noche la ayudó en su vacilación. Terminó de fumar arrojando también al estanque el cigarrillo y su voz sonó segura al decir:

—Sí, Joy... Siempre he estado enamorada de ti. Pero de una forma un poco romántica, añorada... InclusoAcey lo sabía y me comprendía.

—Perdona, Ada; yo siempre lo he ignorado. ¿Y porqué lo sabía tu

esposo?

—Acey era un hombre excelente, todo bondad. Muchas veces me oía hablar de ti, de cuando nos conocíamos estudiando en la Universidad y de cuando yo te esperaba aquí, en este banco hasta que tú salías de la academia de Ingenieros. Por eso llegó a deducirlo.

La mujer hizo una pausa antes de añadir:

—Pero Acey no era un hombre celoso. Creo que incluso te tenía simpatía, al escuchar las cosas que le explicaba de ti.

—Eso es nobleza de corazón, Ada. Bien: vayamos a otra cosa. ¿Qué hay de ese Claney Turner?

—Era el ayudante de mi esposo. Un excelente físico nuclear. Acey también le apreciaba mucho.

—¿Y él a tu marido?

—Claney Turner era un hombre frío, calculador, incapaz de alterarse por nada. Pero creo que también estimaba a Acey, a su manera. Los dos se compenetraban muy bien en el trabajo.

—¿Y a ti te apreciaba también? ¿No estaba enamorado de ti?

Ada Oliver le miró fijamente con la sorpresa en los ojos pardos, apenas distinguidos en la oscuridad por el hombre.

—¿Quién, Claney? ¡Oh, no! Te he dicho que era un hombre frío, incapaz de emociones. Además, me doblaba la edad y creo que me admitía como un mal inevitable en la vida de su jefe y maestro, mi esposo. Pero siempre fue cortés y amable conmigo. A veces salíamos juntos los tres, a cenar o a cualquier otro sitio. Pero pocas veces. Mi marido prefería su laboratorio.

Joyce Wagner encendió otro cigarrillo, meneando la cabeza dubitativamente:

—Cada vez entiendo menos esto, Ada. Si Claney Turner no estaba enamorado de ti ni te odiaba, ¿por qué diablos te acusó de asesinarle y me metió en el lío a mí que ni tan siquiera llegó a conocerme personalmente?

—Creo que si me dejas ahora hablar a mí, comprenderás muchas cosas, Joy.

—Empieza. A ver si me haces comprender todas las barbaridades

que me has dicho por teléfono. ¿Me creerás si te digo que aún no sé cómo diablos puedes estar sentada aquí, junto a mí en este banco, cuando deberías estar bien encerradita en la prisión, después de firmar tus declaraciones confesándote culpable?

—Ten paciencia y lo comprenderás todo. Pero oigas lo que oigas no me interrumpas. Yo sólo te puedo contar lo que sé, Joy.

—Soy todo oídos.

—Ante todo dime una cosa. ¿Crees en la resurrección, Joy?

Joyce Wagner se encogió de hombros, volvió a cruzar sus largas piernas y apoyando la mano en la rodilla balbuceó:

—Bueno, pues... ¡Sí...! Sí creo en la resurrección, Ada. Recibí una educación religiosa y... ¿a qué viene ahora eso?

—Es que no me refiero a la resurrección de todos los muertos el día del juicio final, según los Evangelios, Joy... Quiero decir si crees que es posible una resurrección científica, provocada por la ciencia de los hombres...

Joyce Wagner miró a su interlocutora muy serio, recostándose en el respaldo del banco que ocupaban para observarla más fijamente. En la oscuridad de la noche ella sostenía su mirada y él movió varias veces los labios antes de acertar a decir:

—Desde un punto de vista médico, científico... No sé, Ada... No sé hasta qué punto eso podrá llegar a ser posible algún día. Se han dado algunos casos de personas a las que se las creía muertas y después, con unos masajes en el corazón o con...

—«Ellos» lo han conseguido, Joy... ¡Y en todos los casos!

Desde que acudió a la cita, Joyce estaba esperando que abordaran aquel temor, por todo lo que había oído por el teléfono. Los dos lo habían estado dilatando y ahora el problema estaba allí. Lo mejor era afrontarlo valientemente y por eso el hombre quiso saber:

—¿«Ellos», Ada?... ¿A quién te refieres cuando dices «ellos»?

—A los «ciudadanos»... Se llaman así.

—Ciudadano lo es todo aquel que vive en una ciudad: fue un calificativo muy empleado hace siglos, cuando la Revolución francesa en 1789.

—«Ellos» son ciudadanos de Amaltea XII, la Luna más pequeña y más distante de los doce satélites que giran en torno al planeta Júpiter...

Joyce Wagner se inclinó hacia la mujer, aprisionando con una de sus manos la muñeca derecha de Ada Oliver:

—¿Qué estás diciendo, Ada? Amaltea XII es un diminuto punto perdido en el espacio. Júpiter está a quinientos ochenta y cuatro millones de kilómetros de nosotros. Si no hemos encontrado vida orgánica allí... ¿cómo puede haberla en la más pequeña de sus doce lunas? ¿Estás hablando acaso de seres extraterrestres?

—No, Joy... Te estoy hablando de hombres y mujeres como nosotros. Seres que han nacido en la Tierra, pero que si han muerto aquí o en cualquier otro planeta del sistema solar, son resucitados allí, en Amaltea XII...

—¿Resucitados por quiénes, Ada?

—Por «ellos», Joy... Por los «ciudadanos».

Joyce Wagner procuró no dejarse arrastrar por su carácter impulsivo y se dominó. Soltó el brazo de la mujer y se le ocurrió decir algo infantilmente:

—Si no lo veo no lo creo, Ada. ¡Todo eso son cuen tos tártaros!

—Pues lo estás viendo, amigo mío. ¡Yo soy un ejemplo vivo!

—¿Quieres desconcertarme? ¿Vuelves a insinuar que has estado muerta y alguien te ha resucitado?

—Así es, Joy... ¿Cómo crees si no que podría estar aquí contigo? Mi celda en la prisión federal era muy segura. ¡No habría podido escapar de allí!

Joyce Wagner se prometía a sí mismo una y otra vez no alterarse. Pero las cosas que le decía Ada Oliver le hacían olvidar sus propósitos. No obstante, una vez más logró calmarse y admitió:

—¡De acuerdo! Cuéntame cómo pasó todo. ¡Me gustará oírlo!

—Fue muy sencillo. Vino a verme el «ciudadano» de primera DorenkoEbrasko.

—¿Quién es ese tipo?

—Un especialista en enfermedades nerviosas. En la prisión me

sentía muy inquieta y tenía los nervios a flor de piel. Me puso una inyección y estuvimos hablando mucho tiempo. Resultó una persona muy simpática, con un profundo conocimiento humano.

Por un instante, Joyce Wagner pensó en todo lo que habría tenido que soportar su buena amiga, acusada de doble asesinato injustamente, y tomando nuevamente sus manos se apiadó:

—¡Pobre Ada! Ha debido ser horrible para ti y es natural que encontres simpático al primero que se acercase a ti, para comprenderte y consolarte.

—Te equivocas, Joy. Ese hombre, el «ciudadano» Dorenko Ebrasko, no me consoló. Más bien me habló de la muerte, de que sólo era un tránsito hacia otra vida y de que...

—¿Tiene vocación de sacerdote?

—Tampoco: simplemente me expuso, de una manera lógica y fría, lo que me esperaba. Un largo proceso, acusación sobre acusación, pero al final, una irrevocable sentencia de muerte, ya que todo estaba contra mí. Si aceptaba eso, mi muerte era definitiva. O en el mejor de los casos una condena de muchos años, que es otra forma mucho peor y más dolorosa de renunciar a la vida... ¡A todo lo que ella nos puede ofrecer!

—¿Y si no lo aceptabas?

—Me quedaba el camino que él me ofrecía. Morir, sí, pero para luego resucitar... ¡Tal como habían hecho con otros muchos!

Horrorizado, Joyce Wagerse llevó ambas manos a la cabeza y exclamó, casi gritando en la noche:

—¿Y tú creíste en ese hombre?

—Me dio pruebas, Joy.

—¿Qué clase de pruebas podía darte?

—El mismo es otro resucitado.

—¿Cómo lo sabes?

—Además, me trajo unas cintas magnetofónicas grabadas con las voces de mi esposo, de Claney Turnery de una buena amiga mía que murió hace tiempo ahogada y que ahora vive feliz con su padre en la Luna.

Impulsivamente, Joyce Wagner se llevó la mano a la frente y se dio una fuerte palmada. Observó que Ada Oliver le miraba muy extrañada y antes de que ella hablase exclamó:

—¡Atiza! ¿Esa chica se llama por casualidad Annie Denison?

—Sí, Joy... ¿Cómo lo sabes?

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿A que voy a terminar por creer en tu historia de resucitados?

—Es un hecho, Joy. Yo estoy hablando contigo y he muerto. ¡Me enterraron!

El pidió con el gesto de sus manos y con la palabra:

—Calma, Ada, calma, por favor... ¡Creo que me va a estallar la cabeza! Estábamos en que ese «ciudadano de primera que te visitó en la prisión te dio a elegir: si le hacías caso y seguías todas sus instrucciones, él... «ellos», te resucitarían, ¿no es así?

—Más o menos, con la diferencia que los argumentos de Dorenko Ebrasko son muy convincentes.

—¿Por qué resultaron para ti tan convincentes sus argumentos?

—Ya te he dicho que oí la voz de mi esposo, la de Claney Turner y otras personas que estaba segura habían muerto.

—Esas grabaciones pudieron haberlas hecho antes y amañarlas. ¡Es cosa muy fácil! Se quitan o se añaden palabras a la cinta magnetofónica.

—No cuando toda esa conversación se refiere al pasado, al hecho en sí de la muerte sufrida y a la posterior resurrección, Joy... ¡Y no vas a decirme ahora que confundí la voz de mi marido!

—De acuerdo, Ada. ¿Qué te decía tu esposo?

—Que hiciera caso a Dorenko Ebrasko y que pronto me reuniría con él. Viviremos otra vida mucho mejor y en otro mundo que...

—En Amaltea XII, ¿no es así?

—De momento, sí. Es allí donde nos van concentrando.

—¿Hasta cuándo, Ada?

—No lo sé, Joy. Llevo muy poco tiempo siendo uno de «ellos». Lo

único que sé es que estaba desesperada, que no podía elegir y que me horrorizaba la idea de ser condenada por esos crímenes que no cometí. DorenkoEbrasko me ofrecía la posibilidad de poder vivir en...

—Déjame adivinar ahora... ¡Y te bebiste el líquido que el muy bribón te llevó bien escondido a la celda, ¿verdad?

—Sí... ¡Eso hice! Y ya ves que estoy viva, Joy.

—Perdona, mi buena amiga, pero «oficialmente» estás muerta. A mí me dio la noticia el general Mansfield.

—¿Y qué importa que me sigan creyendo bajo tierra? Así he terminado con todo aquí, en este mundo y en esta sociedad que me ha tratado tan mal, que ha sido tan injusta conmigo. En Amaltea XII viviré mejor. ¡O en cualquier otro sitio! ¡Pero no con la mancha de haber sido condenada por asesina!

—Todo eso está muy bien, pero por simple curiosidad filosófica se me ocurre preguntarte ahora, ¿qué sentiste mientras estuviste muerta en el más allá?

—Nada, Joy... ¡Absolutamente nada! Después de beber aquel líquido me quedé como dormida y sólo sé que desperté en casa de DorenkoEbrasko. Ellos me explicaron que al conocer mi «suicidio» en la prisión, me enterraron y que no les costó mucho trabajo sacarme de la tumba. El cementerio de la prisión está fuera de los muros del recinto.

Joyce Wagner hizo un gesto vago al comentar:

—¡Claro! ¿Quién puede sospechar que los muertos andan soltando mentiras por ahí como tú, Ada? ¡Nadie!

—¿No me crees aún, Joy?

—Me cuesta mucho trabajo creerte, pero debo hacerlo, Ada. Sé de cosas muy extrañas que han pasado en estos últimos días, que encajan perfectamente con todo eso que me has contado. Por ejemplo, ¿sabes que en la Luna no se ha encontrado ningún cadáver en las tumbas? ¡Todos habían sido robados!

—Son «ellos», Joy... ¡Los «ciudadanos»!

—¿Y para qué diablos quieren esos cadáveres?

—Están formando una sociedad. Cuando todo esté a punto en Amaltea XII, DorenkoEbrasko dice que pedirá un planeta para todos

nosotros al Gobierno galáxico.

—¡No estará mal eso! ¿Y pueden resucitar a todos los muertos?

—No... Sólo a los que hace muy pocos días han muerto. Un grupo de científicos han descubierto las fórmulas para regenerar todas las partes dañadas del cuerpo humano... ¡Y en muy poco tiempo!

—Soy ingeniero y no entiendo mucho de medicina, pero..., ¿cómo es posible eso? Una vez se apaga en el cuerpo el soplo de la vida...

—El soplo de la vida sigue latente, Joy. El concepto de la muerte que se ha tenido hasta ahora resulta erróneo y anticuado. Es como una de esas astronaves que tú diseñas: si le quitas los motores, toda ella queda «sin vida», sin poder moverse. Pero cuando la reparas o le pones otro motor, nuevamente puede llevarnos por el espacio. En el cuerpo humano el motor principal es el corazón, por regular la corriente sanguínea; pero si este motor se para, puede repararse y cambiarse por otro y entonces todo sigue igual.

—¡Feliz hallazgo el de esos hombres, que no me explico cómo no lo han puesto al servicio de toda la humanidad! Eso hace pensar que sus planes son exclusivistas, de grupo nada más. Esto sin contar que utilizan medios reprobables para resucitar más tarde a los que ellos asesinan. ¡Entre ellos a tu propio esposo!

Ada Oliver esta vez no contestó. Volvió a temblar y el extremo encendido de su cigarrillo le indicó a Joyce en la oscuridad de la noche que era así. La pequeña lucecita roja oscilaba junto al rostro de la mujer como un diminuto semáforo.

Tras el silencio él insistió:

—¿O acaso te han dicho qué motivos tuvieron para asesinar a tu marido?

Con voz apagada, Ada Oliver dijo:

—De eso me enteré después, cuando ya les debía a «ellos» esta nueva vida que late en mí.

La sintió estremecerse junto a él en el banco, rodeados por las sombras de la noche. Y con un hilo de voz ella añadió:

—Que late en mí, pero que pronto se extinguirá también, porque... ¡Porque les he desobedecido! ¡Me he sublevado contra «ellos»!

—¡Ada!

—Sí, Joy... ¡Eso he hecho!

Mirando a todas partes con recelo, Joyce Wagner se levantó al anunciar:

—Vamos, Ada... ¡No debemos seguir aquí!

CAPITULO XI

Fue prudente dar mil rodeos y mil vueltas, antes de decidirse a llegar frente a la residencia de Sandra Murray. Eran las tres de la madrugada y la calle estaba solitaria cuando Joyce Wagner nuevamente animó a su acompañante:

—¡Vamos, Ada!

Fue también preciso forzar la cerradura y, minutos después, furtivos como dos ladrones, ascendían hasta el apartamento de la muchacha rubia. Mientras pulsaba el timbre, Joyce pensó que su prometida no iba a recibirles muy bien: el plantón había sido de muchas horas y, por si fuera poco, se presentaría en su casa con una invitada que se llamaba nada menos que Ada Oliver.

Pero cuando Sandra Murray abrió envuelta en su bata de baño y con todos los cabellos mojados, al verlos plantados ante ellas sin decidirse a entrar invitó, con

una sonrisa divertida:

—¡Adelante, pareja, adelante! ¡Dios los cría y ellos se juntan! ¡Sois tal para cual!

Medrosa ante la mujer más joven, Ada Oliver vaciló. Pero Joyce Wagner tiró de un brazo de ella y obligándola a entrar por todo saludo indagó:

—¿Te estabas duchando a estas horas, Sandra?

—Sí, Joy. ¡Acabo de llegar a casa!

—¿Cómo? ¿Dónde has estado, Sandra?

Ada Oliver les observaba discretamente apartada de ellos y vio a la muchacha rubia con los brazos en jarras ante el hombre, aclarándole:

—¡Divirtiéndome, bribón! Un tipo me invitó a cenar: quedamos en que me vendría a recoger aquí y el muy fresco no llegó. ¡Pasé dos horas terribles! Hasta que otros dos tipos llamaron a la puerta, abrí y el másguapo me dijo que era el sargento Jean Morley, de la policía federal de Washington, y para demostrarlo elmás bajito me mostró las credenciales.

—¡Sigue! —invitó, no menos furioso Joyce Wagner.

—Preguntaban por ti, por haber tenido la desgracia de haber sido tu novia...

—¡Alto ahí, nenita! ¿Has dicho «haber sido»?

—Así es, monín. ¡En pasado!

—¡Adelante! ¿Qué querían saber esos sabuesos?

—Por lo visto les diste esquinazo. Estaban esperando verte salir de tu casa, pero tú te esfumaste por la chimenea.

—No fue por la chimenea, pero sigue.

—Dieron mil vueltas por la ciudad y al no localizarte, el más bajito tuvo la luminosa idea de que podías haber venido aquí.

Señalando a Ada Oliver el hombre dijo:

—No pude venir: cuando termines, te explicaré.

—No tienes nada que explicarme, Joyce Wagner. Yo estaba aburrida y como ellos lo estaban también, le dije al policía más guapo si me invitaba a cenar. ¡Y ya ves! Hemos estado bailando y divirtiéndonos mucho.

—¿Los tres?

—¡Los dos!

Furioso, Joyce Wagner miró su reloj al indicar:

—¿Y hasta estas horas, Sandra?

—¡Oh! Por mí habríamos estado más. Pero cuando mi pareja se convenció de que ya no darían contigo utilizándome de cebo, me trajo a casita.

—¡Los muy...! ¡Ya le diré yo a ese Jean Morley!

—No tienes que decirle nada. En el fondo, te he dicho que me

utilizó como una excusa para localizarte a ti.

Sandra Murray se dignó mirar a la mujer que les escuchaba y añadió:

—Y por lo visto, te buscaban por motivos bien justificados. ¿Cómo lo hizo usted, rica?

Ada Oliver reculó unos pasos antes de indagar:

—¿Cómo hice el que, señorita Murray?

—¡Fugarse de la cárcel! Por lo visto fue una comedia por todo lo alto. Esos policías me han dicho que se suicidó usted y que la enterraron, pero por lo que veo debió ser su doble la que murió. ¿Le costó mucho dinero convencer a la otra mujer que murió por usted?

Joyce Wagner avanzó hacia las dos mujeres, deseando evitar una agria discusión:

—¡Basta ya, Sandra! ¡No tienes ningún derecho para ofender a Ada!

—Sí, claro. ¡Defiéndela! Ya lo he dicho antes: tal para cual. Ella se confiesa autora de esos dos asesinatos, a ti te dejan en libertad provisional y tú pagas el favor ayudándola a huir. ¡Y todos creyendo que la pobrecita está bien muerta! ¡Me gustaría saber cómo lo habéis conseguido!

Agotada por la tensión de aquella noche y los terribles acontecimientos de los últimos días, Ada Oliver se dejó caer sobre una de las butacas que adornaban el coquetón apartamento de Sandra Murray, quien gritó furiosa:

—¡No manche mis muebles, asesina! ¡Levántese de ahí!

Joyce Wagner se cruzó vivaz ante la muchacha rubia, mientras a su vez gritaba:

—¡Dije que basta, Sandra! Escúchanos primero y luego juzgas... ¡Y prepárate a oír cosas muy gordas!

—No tengo por qué escuchar vuestras justificaciones.

Estoy en mi casa y ahora mismo llamaré a la policía.

—¡Diantre, Sandra! ¡No llamarás a nadie! He traído a esta mujer a tu casa porque necesita nuestra ayuda.

Sandra Murray miró al hombre de arriba abajo, diciendo:

—Pides demasiado a las mujeres que te han querido, Joy. A ella que mate a su esposo y a mí..., a mí...

—Te estás portando como una niña celosilla, cariño. Cuando escuches todo lo que Ada me ha contado, cambiarás de opinión.

Las manos crispadas sobre los oídos, pataleando nerviosa y todos los rubios cabellos revueltos y aún mojados por la ducha, la dueña de la casa gritó:

—¡No me llames «cariño», bribón! ¡Te odio!

Ada Oliver, algo repuesta de su momentáneo desfallecimiento, creyó oportuno intervenir:

—Debe calmarse, señorita Murray. Nada de lo que piensa existe entre Joy y yo. Sólo le rogamos los dos que nos deje explicarle y entonces comprenderá.

Con gran esfuerzo, la dueña de la casa pareció dominarse y sentándose sobre el sofá admitió:

—¡Está bien! Pueden empezar cuando quieran, pero procuren que todo sea lógico para que pueda creerlo.

Vio al hombre intercambiar una mirada con la mujer y eso la escamó. Y él al fin pidió:

—Bueno, Sandra... Creo que todo lo que te vamos a contar no te parecerá muy lógico. ¡Pero te aseguramos que es la verdad!

—¿Ya empiezas con tus tapujos y evasivas, Joy?

—Es que... Te lo advierto porque así..., al principio..., te costará creerlo.

—Tú tienes un pico de oro cuando quieres. ¡Inténtalo!

—¡Pues ahí va, cariño!

Sandra Murray quedó varios minutos en silencio, mirando a sus dos visitantes. Y no habló hasta, tras preparar café para los tres, regresó musitando:

—O estáis los dos locos... ¡O lo estoy yo por creerlos!

—Hay algo que puede demostrar que todo esto es cierto, señorita Murray —dijo Ada Oliver.

—¿Y es, Ada...?

—La casa de DorenkoEbrasko. Me acuerdo perfectamente de las señas. Allí es donde me... me...

—Sí, ya lo dijo: donde la «resucitaron».

—En mi caso fue muy fácil: un masaje exterior al corazón para reactivar su funcionamiento, tras administrarme unas inyecciones cuyo tratamiento debe durar cuatro meses.

Aún algo incrédula, mientras les servía el café, inclinada sobre Ada Oliver, la muchacha rubia preguntó:

—Si es así, si tiene que seguir ese tratamiento médico, ¿por qué se escapó de esa casa?

—Casualmente, por un descuido de los hombres que me llevaron allí, me enteré de algo horrible. Creían que seguía inconsciente y empezaron a hablar. ¡No sé cómo pude fingir que seguía dormida!

Joyce Wagner tuvo que apresurarse a coger el platillo y la taza de café que temblaban en las manos de Ada Oliver. A su vez, la dueña de la casa ayudó al hombre a dejarlos en la bandeja y propuso, solícita:

—No hable más si está cansada. Puede dormir en mi casa si lo desea.

El ofrecimiento pareció excitarla al manifestar:

—¡No! ¡No! ¡Deben saberlo todo! Es preciso que lo sepan antes de..., antes de que no pueda seguir contándoles...

—Bien, Ada —intervino el hombre—. Si te encuentras con fuerzas, sigue. Ante todo esto, será preciso tomar una decisión.

—Sí, Joy... ¡Hay que destruirles! Sus planes son...

¡Son diabólicos!

—¿Tú los conoces, Ada?

—Sólo en parte; pero por lo que pude oír, esa gente es mala. DorenkoEbrasko me convenció con sus palabras y razonamientos, pero... les oí hablar de una «élite» superior que gobernaría a todos los demás. Están divididos en «ciudadanos» de primera, segunda y tercera: luego viene la masa, la que hace los trabajos más duros y a los que no administran más inyecciones para que sigan viviendo una vez han terminado su labor... el trabajo que les han asignado. Pero de lo

que están faltos es de técnicos, de cerebros superiores...

Vivamente interesado, Joyce Wagner rogó:

—¡Sigue, Ada! ¡Sigue, por favor!

—Uno de ellos decía que debían emprender una campaña para que los hombres más destacados fueran muriendo de las formas más diversas, para luego hacerlos suyos. Por lo visto llevan ya muchos años obrando en la impunidad, porque nadie sospecha que puedan hacer resucitar a los cadáveres de los hombres que eligen. Así han ido ocupando muchos puestos clave, solamente con trasladarlos de un país a otro.

Sandra Murray exclamó:

—¡Pero eso es horrible! Así llegaría el día en que el mundo estaría regido por cadáveres vivientes...

—Lo malo es que en algunos sitios ya lo estará —opinó Joyce.

—Claney Turner era uno de ellos —siguió la mujer de cabellos castaños—. Creí oír que en un principio se llamó León Tkruschine: murió cuando instalaba un reactor atómico en una central del gran cañón del Colorado, pero le hicieron resucitar. Entonces fue cuando apareció por aquí y entró con una recomendación al laboratorio central que dirigía mi esposo. Al pobre Acey le mató él y luego bebió el líquido que agarrota por unos días el corazón.

—O sea, que murió por segunda vez, ¿no es así, Ada?

—Sí, Joy; pero sabía que sólo por un par de días. Ya había sufrido una experiencia y tenía la seguridad de que resucitaría.

—¿Por qué obró así? —quiso saber Sandra Murray.

—Era parte de un plan bien estudiado. Aquella mañana me llamó a su casa para más tarde escribir la nota en la que me acusaba de su muerte, mezclando a Joy para que también le sentenciaran.

—Pero, ¿por qué? —gritó la muchachita rubia, por instinto agarrando la mano del hombre amado.

—También le quieren a él. Necesitan un ingeniero astronáutico como Joyce Wagner. Por lo visto tienen grandes planes...

—Ahora me explico muchas cosas —suspiró Joyce—. Entre ellas, los tres atentados que sufrí en la Luna. A toda costa querían matarme

para luego, una vez en la tumba, desenterrarme y someterme a su medicación.

—Todo eso es repugnante —dijo Sandra.

—Pero efectivo, cariño. ¿Quién puede sospechar que los muertos son utilizados, devolviéndoles a la vida? Me gustaría saber cuántas tumbas vacías hay ahora por

el mundo.

—Podéis asegurar una cosa: todos los hombres quemueren de una forma casual, natural o provocada y que tengan algún valor positivo en las distintas profesiones o cometidos que han desempeñado, son una tentación para «ellos». ¡Los resucitan!

—Ada tiene razón. Y si los necesitan es porque tienen grandes planes para el futuro.

—De momento, hasta que están seguros de su total obediencia y agradecimiento por haberles devuelto la vida, los concentran en Amaltea XII.

—¿Y por qué en Amaltea XII, Ada? —quiso saber Sandra.

—De las doce lunas de Júpiter, Amaltea XII es la más pequeña y la más lejana. Está a 22.523.000 kilómetros del planeta y casi carece de interés desde el punto de vista de explotación. Allí casi no se hacen viajes de inspección y los hombres que están al frente de Amaltea XII son de «ellos. Aunque a todos los que devuelven a la vida les hacen llamarse «ciudadanos» de Amaltea.

Siempre práctica, con un sentido exacto de las cosas, Sandra Murray se levantó hacia el teléfono:

—Opino que ya hemos hablado bastante. ¿Qué tal si informo al sargento Jean Morley de todo esto?

Amoscado, Joyce Wagner la siguió preguntando a su vez:

—¿Por qué precisamente a ese tipo, Sandra? ¿En unas horas os habéis hecho tan buenos amigos?

—No seas niño, Joy. Te he dicho que si me invitó a llevarme por ahí fue con la excusa de buscarte a ti.

¡Y yo les acompañé para ver si te encontraba!

—No estaba la noche para cenas ni bailes, nenita.

Ada y yo estuvimos charlando, sentaditos en un banco de un jardín.

—¡Qué romántico!

—Veo que aún conservas el buen humor —terció Ada Oliver.

—No hagas caso a Sandra. Con tal de demostrar que me quiere, es capaz de todo.

Volvió a llevar a Sandra hacia el sofá, añadiendo tras breve pausa:

—Ya había pensado en avisar a la policía, cariño.

Pero luego deseché la idea.

—¿Por qué, Joy?

—Piensa un poco. ¿Qué pruebas tenemos contra ellos?

—¡Tenemos a Ada Oliver! ¿Te parece poco?

—Oficialmente, Ada es una mujer procesada, que estaba en la prisión y que ahora está aquí. Aunque explicase su fantástica historia, nadie la creería.

—Tú y yo la hemos creído, Joy.

—Puedo dar las señas de la casa de DorenkoEbrasko. ¡Me acuerdo muy bien! —terció Ada Oliver.

—A estas horas, ninguno de ellos estará allí. Al notar tu fuga, habrán tomado muchas precauciones. Eso no vale, Ada.

—Entonces, Joy...

—Mañana haremos algo mejor. El departamento de Defensa intervendrá. ¡Lo pondrá en movimiento el general Mansfield!

Dirigiéndose a la mujer de cabellos castaños, Sandra la tranquilizó:

—Joy ha tenido una buena idea. El general Mansfield es un buen amigo nuestro. Pero ahora usted debía descansar un poco y...

—Me temo que no podré dormir, señorita Murray.

Estoy muy nerviosa. Muy nerviosa y molesta, porque me pregunto si al... si al haberles traicionado a «ellos» no estaré obrando mal con Acey, mi esposo... ¡Estoy segura que está en Washington! ¡Que todavía no se le han llevado a Amaltea XII!

No obstante, Sandra logró convencerla y al fin la dejó sobre el lecho, cubriendo la para que intentase dormir. Ella salió de la habitación y caminando hacia Joyce Wagner le preguntó al encenderle el cigarrillo:

—¿Crees que esa mujer vivirá?

—No, Sandra... El nerviosismo que domina a Ada es porque sabe que va a morir. Ella pretende ocultárselo a sí misma y nada nos dice a nosotros. Pero la dosis que les dan en esos inyectables debe ser para un par de días nada más. Estoy seguro que obran así porque es una forma de tenerles a todos bien atrapados bajo su dominio, ¿comprendes, cariño?

—¡Claro! Por eso hasta ahora nadie les ha delatado.

—¡Exacto! Por el terrible miedo a volver a morir, pero de forma total y definitiva. O quizá por el natural agradecimiento que deben sentir hacia quienes les arrancan de la muerte y les devuelven a la vida. Son dos factores que cuentan mucho, Sandra.

—Sin embargo, Ada... ¡Ha debido necesitar mucho valor para huir de ellos!

—Veo que empiezas a comprenderla y a apreciarla.

—Más que eso, Joy. ¡Ahora la admiro!

—¿Ah, sí!

—Sí... ¡La admiro profundamente!

—¿Puedo saber por qué?

—Porque lo hizo... ¡Por ti! ¡Por lo mucho que te quiere!

CAPITULO XII

No eran horas para recibir visitas y el ayudante del general Mansfield miró refunfuñando al reloj que estaba sobre su mesita de noche. Los golpes en la puerta seguían y saltó del lecho malhumorado, buscando con los pies las zapatillas.

—¡Ya va! ¡Ya va! ¿Se han dado cuenta que son las seis de la mañana?

Al abrir la puerta de su dormitorio miró desde su imponente altura al viejo mayordomo e indagó, viéndole también a medio vestir:

—¿Qué tripa se le ha roto, Cassey? ¿Por qué me despierta a esta hora? ¿Es que se ha vuelto loco?

—Todo eso me gustaría preguntarle al ingeniero Wagner, coronel. Pero está ahí... ¡Esperando abajo!

—¿El ingeniero jefe de los talleres, Cassey?

—El mismo, coronel. E insiste en que tiene que hablar ahora mismo con el general. Por eso le he llamado a usted y...

—¡Pero si está despuntando el día! ¡Ese muchacho está loco!

La voz de Joyce Wagner ascendía por la amplia escalera de mármol blanco, excusándose:

—Lo siento, coronel. ¡Pero es muy urgente!

Llegó ante el militar malhumorado y el viejo criado y añadió:

—Por favor, coronel Greyson. ¡Cada minuto cuenta!

El alto coronel Greyson procuró cubrirse mejor con la chaqueta del pijama, indagando:

—¿De qué se trata, Joy? ¿No pretenderá que despierte al general para decirle que ha inventado un nuevo modelo de astronave?

—No estaría aquí de tratarse de eso, coronel. ¡Pero no hay tiempo que perder!

Minutos después, el anciano general Mansfield estaba reunido con los dos hombres en su despacho de su residencia particular. El anciano militar escuchó sin parpadear el relato del joven ingeniero, pero el alto coronel Greyson, al ser la primera vez que oía hablar de todo aquello sí resoplaba de vez en cuando y lanzaba un sordo gruñido de incredulidad. Al fin no pudo resistir más y exclamó:

—¿Pero de qué diablos están hablando? ¿Es que ha llegado el día del juicio final, para que digan que los muertos andan resucitados por ahí?

El general Mansfield le fulminó con la mirada al pedir:

—Cállate, Greyson. Y dile a Cassey que nos prepare un buen desayuno. ¡Esta mañana vamos a tener que movemos mucho!

—A la orden, señor.

Salió el coronel y el dueño de la casa dijo a Joyce Wagner:

—Toma nota, Joy: orden para todos los jefes de los astródromos: que no despegue ninguna nave hasta nueva orden. Que las que lleguen sean debidamente registradas y que tanto los pasajeros como sus tripulaciones queden instalados en las bases, sin permitirles salir bajo ningún concepto. Aviso para el jefe de la policía federal: que detenga a todo el personal de la clínica del doctor Dorenko Ebrasko de la calle Franklin, número veintisiete.

Se volvió al joven que escribía y comprobó:

—¿No son ésas las señas de la casa de donde huyó tu amiga Ada Oliver?

—Sí, señor.

—Orden para el director de la prisión federal: que revisen la tumba en la que hace poco enterraron a esa pobre mujer. Comunicado para el departamento de Defensa, poniéndoles al corriente de todo esto. Solicitud urgente para que los miembros del Gobierno galáxico se reúnan cuanto antes mejor para un informe general.

Se acercó a la mesa dejando de pasear, pulsando una clavija al gritar:

—¡Cassey! ¿Qué pasa con ese desayuno? ¡No le dejes meter los dedos a ese goloso de Greyson, o cuando llegues aquí no traerás nada!

Una voccecita que debía ser del viejo mayordomo respondió:

—No, señor... ¡Ahora mismo subimos!

Se encaró el viejo general con el joven ingeniero al invitar:

—¿Alguna sugerencia, Joy?

—No estaría de más solicitar, a quien competa, que se abra una investigación a fondo de todo el personal especializado que ocupe algún puesto clave. Alguno podría ser que hubiese muerto en otro sitio, en otro país y que ahora... Recuerdo el caso de León Tkruschine, convertido más tarde en Claney Turner.

—Buena idea, Joy. ¡Se hará!

Entró el viejo mayordomo cargado con la bandeja y cuando el coronel Greyson, visiblemente satisfecho,

se acercó a los desayunos, quitándole la hoja de papel escrita de las manos de Joyce Wagner, el general Mansfield se la ofreció a su desilusionado ayudante al ordenar:

—Cursa todo esto, Greyson. ¡Es urgente!

—Pero señor, yo... yo...

—Ya llenarás la barriga luego. ¡Te digo que es muy urgente!

—¡A la orden, señor!

Minutos después, mientras desayunaban el dueño de la casa y su

joven visitante, al servirle el café Joyce Wagner indagó:

—¿Ya sabe algo de la tumba donde enterraron al profesor AceyBardot, señor?

—Sí... ¡Estaba vacía! Y la de Claney Turner también.

—¡Lo suponía! Anoche no pude llamarle para preguntarle. La llamada de Ada Oliver me desconcertó y estuve horas y horas con ella. Nos vimos en Hurtingtown, sentados en un banco de un jardincillo.

—Bien hecho. Ese cabezota de DeanMasson, si descubre que anda suelta por ahí, ordenará a sus policías que la detengan otra vez.

—Está descansando en casa de Sandra, señor. Se encontraba muy nerviosa y excitada y creo que...

—Debiste ser más previsor, Joy. ¡Esa mujer necesita un médico con urgencia!

—Ya pensamos en ello, señor. Sandra ha quedado en avisar a su médico.

—Perdona, Joy. Siempre creo que soy el único que está al tanto de las cosas.

Al terminar la última tostada el general llamó:

—¡Cassey!

—¿Señor...? —dijo el mayordomo.

—Dile al capitán Krone que prepare el coche. ¡Salimos ahora mismo para el departamento de Defensa!

Se levantó para caminar hacia su habitación y terminar de vestirse, añadiendo:

—Tú me acompañarás, Joy. Si quieren preguntarte allí algo más sobre todo esto, eres el que está informado.

—¡Bien, señor. ¡Le espero!

Poco después, cursadas las oportunas órdenes, al departamento de Defensa fueron llegando, uno tras otro, los resultados.

Naturalmente, había protestas por la momentánea suspensión de todos los viajes interplanetarios; pero las medidas tomadas inicialmente por el activo general Mansfield, más tarde fueron

confirmadas por las órdenes recibidas del Departamento de Comunicaciones del Gobierno galáxico.

Sobre las astronaves que fueron llegando desde otros planetas, una vez debidamente registradas, no se encontró nada de mayor importancia. Total: la localización de un poco de contrabando de uranio, procedente de Saturno, y el paso clandestino de unas muchachas que habían abandonado sus hogares en Marte, con la fútil excusa de que allí no habían bonitas piscinas para tostarse al sol, como en la Tierra.

No obstante, la reacción de los enemigos invisibles quedó registrada con la información que remitió el jefe de la policía federal de Washington: nada más recibir la orden, DeanMasson lanzó a sus agentes sobre la clínica del doctor DorenkoEbrasko, pero sin ningún resultado positivo: la casa número 27 de la calle Franklin había ardido «casualmente» la noche anterior, declarándose un voraz incendio que lo destruyó todo. El hecho había ocurrido a las once de la noche.

—Justamente dos horas después que Ada consiguiera huir de esa clínica —comentó Joyce Wagner.

—¡Chicos listos! —rezongó el general Mansfield—. Temieron que esa mujer les denunciara y destruyeron las únicas pistas por las cuales podíamos localizarles aquí.

El director de la prisión federal se personó muy alarmado al informar:

—¡Asombroso, señores! ¡El cadáver de Ada Oliver ha desaparecido! Cuando recibí la orden de abrir la tumba, pensé que sería un trámite legal nada más y...

Vio que no asombraba a nadie con su noticia y Joyce Wagner quiso consolarle, diciéndole:

—Ya lo sabíamos. Simplemente, se trataba de una comprobación.

En cuanto a la solicitud del general Mansfield para que los miembros del Gobierno galáxico se reunieran urgentemente para tratar de todo aquello, se recibió un comunicado en el que se anunciaba que lo harían con la mayor prontitud posible. Algunos de sus componentes estaban viajando por los distintos planetas y países de la Tierra, pero ya se les había cursado el aviso.

No obstante, cada departamento tenía la suficiente autoridad para

obrar de una manera autónoma, tomando las medidas que considerasen más oportunas. Así que la ofensiva general contra los «Ciudadanos de Amaltea XII» estaba tomando cuerpo.

—Uno de los focos más importantes debe estar en la Luna —opinó Joyce Wagner, recordando los recelos de su amigo Yal Reale—. ¿Saben si hemos podido ya establecer comunicaciones por radio con el Gobierno de Pierre Uri?

Un alto funcionario del Departamento de Comunicaciones contestó:

—Todavía no. Parece ser que la avería fue seria.

Uno de los generales del Departamento de Defensa intervino:

—Pero la división que fue enviada allí habrá dominado la situación en caso de alguna revuelta o sublevación.

Joyce Wagner recordó al amigo sacrificado, figurándosele muerto al caer con los nervios del corazón agarrotados. Posiblemente ahora Yal Reale estaría entre los resucitados en alguna parte, incluso sintiendo agradecimiento por los que le sacaron de la muerte para devolverle a la vida.

Y mientras en la reunión se seguía hablando y tomando disposiciones, ante este pensamiento musitó para sí:

—Dios quiera que no tenga que enfrentarme algún día con Yal.

Unos militares pasaban por allí, tras salir del despacho del jefe del Departamento de Defensa, y Joyce creyó oírles comentar algo sobre «Tumbas Abiertas».

Preguntó y un coronel le dijo:

—Es el nombre clave con el que el general Mansfield ha bautizado a esta operación. La llama «Tumbas Abiertas» porque se han cursado órdenes a todos los cementerios, para saber cuántos cadáveres aproximadamente han sido robados y utilizados.

—Es una medida muy prudente, coronel.

—Cierto: así no sólo conoceremos más o menos el número, sino los hombres y mujeres que han podido ser resucitados. Por sus tumbas se les identificará y, dado sus anteriores cargos, ocupaciones o actividades, sabremos cómo los van a utilizar.

Joyce Wagner sonrió levemente, pensando en el activo general Mansfield. Sólo a él se le podía haber ocurrido bautizar aquella gigantesca operación con el nombre de «Tumbas Abiertas». Una operación que en pocos días obligaría al mundo entero a perturbar el reposo de sus muertos.

Y todo por la ambición de algunos locos ambiciosos que ansiaban utilizar sus adelantados conocimientos médicos en favor de una minoría. Una «élite» que al parecer deseaba dominar a todos los demás.

¿Por qué no ofrecían su ciencia a la Humanidad, sin andarse con tapujos?

¿No habían conseguido dominar a la Muerte? ¿No la habían vencido con el poder de sus drogas, para que todos los organismos del cuerpo humano se regenerasen y en un cuerpo muerto la Vida volviese a latir? ¿Qué más querían?

CAPITULO XIII

El trajín en el Departamento de Defensa seguía y Joyce Wagner buscó un sillón apartado para dormir un poco. Había sido una noche terrible y sentía que el sueño le dominaba: los párpados le pesaban y sin poder evitarlo cerró los ojos.

Pero antes de dormirse, pensó en algo que había leído en alguna

parte y recordó: «La ciencia que sirve para hacernos orgullosos y que degenera en pedantería y ambición no vale nada más que para deshonorarnos...»

Joyce Wagner no supo el tiempo que había permanecido dormido, hasta que alguien le tocó el hombro y le despertó. Alzó los ojos y vio a una muchacha que le sonreía al decir:

—Sí... sí... ¡Soy yo! ¿Es que estaba dormido, señor?

—¿Eh? ¡Ah, perdone!

—Le llaman por teléfono, señor. En la cabina nueve.

—Gracias, guapita. ¿Por dónde cae eso?

—Sígame, señor.

Pasillos llenos de gente. Hombres con uniformes y sin él. Importantes personajes hablando entre ellos. Secretarias que iban y venían. Empleados diligentes. Y todos mirándose con cierto recelo en los ojos, como si mudamente se preguntasen:

«¿Será ése uno de los "resucitados"?»

La «bomba» había estallado: la «cosa» ya era de dominio público.

Mientras seguía a la secretaria, Joyce Wagner pensó:

«Habrá que leer los titulares de la Prensa.»

Ante la cabina número nueve, la muchacha indicó, siempre solícita:

—Ahí es, señor.

—Gracias, preciosa.

Y al poco, ya con el auricular pegado al oído:

—Diga... ¿Con quién hablo?

La voz de Sandra Murray le llegó triste:

—Soy yo, cariño.

—¿Pasa algo, Sandra?

—Sí, Joy... ¡Ada Oliver a muerto!

—¡Dios santo!

—Ha debido sufrir mucho. Se quejaba de unos terribles dolores en el pecho, a la altura del corazón.

—¿No ha podido atenderla tu médico?

—Sí: llegó nada más marcharte tú. Pero todo ha sido inútil. No pudo hacer nada por ella. Llegó un momento en que Ada tuvo tres veces más pulsaciones de lo normal. ¡Se ahogaba, Joy! ¡Se ahogaba la pobre!

Ada Oliver... AceyBardot... Yal Reale... El doctor Silvir... ¿Cuántos más?

¿Cuántos más habían sufrido aquella horrible muerte? ¿Cuántos la sufrirían aún?

Procuró calmarse, deseando consolar a Sandra, que debía estar llorando:

—Tranquilízate, cariño. Ella supo sacrificarse voluntariamente por todos para que otros no sean engaña. dos como lo fue ella.

—Sí, Joy... Lo hizo por todos. Pero sobre todo... ¡por ti, cariño!

—No digas eso, mujer.

—Me habló en su agonía... Se ahogaba, pero insistía en hablarme. ¡Siempre te amó, Joy! Desde niña... ¡Desde siempre!

Quedó anonadado. Como si sobre sus hombros gravitasen todas las culpas de la Humanidad. Como si él fuese el responsable de la heroica muerte de aquella valerosa mujer.

No sabía qué decir a la otra, a la que realmente él amaba.

—¿Quieres que vaya para ahí, Sandra?

—No hace falta, Joy. Van a trasladar a Ada al Hospital Central.

—¿Para qué? ¡No lo consientas, Sandra! Vendrán unas autopsias, unos análisis, unas comprobaciones, experimentos... ¡No lo quiero, Sandra! ¡Niégate!

—Lo siento tanto como tú, amor mío. Pero no es posible negarse. Dicen... dicen que Ada Oliver pertenece a todos. Que de esos análisis pueden salir muchas cosas para el bien común.

—¿Qué más quieren de ella? ¡Ya dio su vida para el bien común! ¿Buscan ahora sus piltrafas? ¡Oh, Dios! Siento que yo también me

ahogo, cariño... ¡Me ahogo de indignación y pena!

—¡Joy! ¡Joy, amor mío! ¿Estás bien? ¿Qué te pasa? ¡Contesta!

Pero Joyce Wagner no podía seguir hablando.

¡Se ahogaba!

Ante el general Mansfield, con tozudez, Joyce Wagner insistió:

—¡Quiero ir, señor! ¡Quiero y DEBO ir! ¿Comprende?

El general Mansfield estaba en su despacho oficial de los gigantescos talleres astronáuticos y sus dedos, nerviosamente, descansaban sobre los documentos que tenía ante él. De vez en cuando alzaba sus vivaces ojos hacia el joven ingeniero y también obstinadamente denegó:

—No debes ir, Joy. Hombres como tú son muy necesarios. Hay quien nace para luchar, para combatir. Otros para crear, para seguir empujando a la evolución.

—Todo eso no son más que palabras, señor. Llegas un momento en que un hombre no es nada! ¡No siente nada, si no está satisfecho de él mismo!

—Tú puedes estarlo, Joy. A tu edad eres el mejor ingeniero astronáutico que tenemos.

—Por favor, general Mansfield... Ahora ya no se trata de lo que soy en estos talleres, sino de lo que quiero ser.

—¿Y quieres ser un combatiente más? ¿Un simple soldado que da su vida?

—¿Por qué no? ¡Ella la dio por todos! ¡Y era mi amiga! ¡Mi mejor amiga!

—¡Ya salió eso! ¿Sigues sintiéndote en deuda con Ada Oliver?

—¡Sí! Toda su vida estuvo queriéndome en silencio y yo... ¡yo sólo le ofrecí mi amistad!

—El amor es un dúo a dos voces, Joy. Si nunca estuviste enamorado de ella, habrías hecho muy mal haciéndola tu esposa.

—No se trata de eso, señor. Amo a Sandra y me casaré con ella. Pero...

—No podrás casarte con ella, si mueres en esa lucha. ¿Sabes que en los primeros combates murió más de la mitad de la primera división que enviamos a la Luna?

—He oído algo de eso, señor. ¡Pero no me importa!

—Esa gente es dura de pelar. Obedecen a sus jefes ciegamente, de una forma fanática. Ya murieron una vez y por lo tanto no temen a la muerte. ¡Les han dicho que les pueden resucitar las veces que sean!

—Lo he pensado bien, señor. Deseo que me envíen a Almatea XII.

—Allí tienen su núcleo principal, muchacho. Han estado años fabricándose un mundo a su medida, que no quieren soltar de sus dientes. Desde él pensaban dominar todo el sistema solar. ¡Toda la galaxia!

—¡Locos! Hombres supercivilizados, que han llegado a un alto grado científico gracias a haber utilizado los cerebros mejores de los hombres que asesinaban, para luego resucitarlos para sus fines. ¡Convirtiéndolos en esclavos!

—No confundas, Joy. La ciencia que se aparta de la justicia, más que ciencia debe llamársele astucia.

No hubo respuesta del joven, y el viejo militar remachó:

—Sí, Joy. ¡Han sido muy astutos! Años y años obrando en la sombra; robando cadáveres como hienas hambrientas. Trasladándolos a ese rincón apartado del Universo, para fanatizarlos con sus doctrinas. Obligándoles al tiempo a lamerles las manos, porque les habían devuelto a la vida. Una vida que les quitan al instante si no obedecen a la «élite», a esos «Ciudadanos de Primera» que forman ellos mismos, caprichosamente, haciendo así una sociedad escalonada y degradada por el servilismo. ¿A eso llamas supercivilizados?

—No hay duda de que han conseguido algo muy importante. ¡Portentoso, señor! ¡Vencer a la Muerte!

—La auténtica Vida y la auténtica Muerte las dicta Dios, hijo mío. Ellos no han conseguido nada más que hacer que un cuerpo apenas deteriorado, a los pocos días de haber dejado de latir el corazón, vuelva a palpar con sus condenadas inyecciones... ¡El diablo sólo sabe cómo lo lograron!

—¿No se ha conseguido obtener una, analizarla, saber de qué y cómo están compuestas?

—¡Imposible! En la lucha, matan o mueren. ¡No hemos podido obtener ni un solo prisionero!

—¿Por qué no se intenta pactar con ellos, señor?

—¿Con esos monstruos, Joy? ¡Es impropio de ti decir eso, muchacho!

—No me ha entendido, general Mansfield: me refiero a pactar para sacar ventaja, para conseguir saber cómo logran resucitar a los muertos. Luego, una vez conseguido eso, que bien empleado puede ser maravilloso para la Humanidad, se les tiene a raya y si es preciso... ¡se les aniquila!

—No quieren pactar. ¡Les ciega su orgullo! Y también su divisa: «Morir, para luego vivir mejor, como ciudadanos de Almatea XII».

—Bien, señor. Si las cosas están así, ¿por qué no se termina con Almatea XII? Unas cuantas bombas de hidrógeno puro de trescientas megatoneladas bastarán para que Júpiter quede sólo con once lunas.

—¡Ah, Joy! La mecánica celeste tiene leyes inexorables, muchacho. Ese cuerpo gravitando en el espacio mantiene un equilibrio que, de perderse..., ¡sabe Dios lo que ocurriría!

Joyce Wagner reconoció que, en su excitación, había dicho una tontería. Como buen ingeniero astronáutico, conocía muy bien aquellas leyes de las que hacía referencia el general Mansfield. Y el viejo militar aún le recordó:

—Y la moral también tiene sus leyes, muchacho. Nosotros no queremos aniquilar a esos hombres. Queremos evitar que sigan con sus planes de dominar el Universo. Por otra parte, muchos de ellos no son culpables: les eligieron, les devolvieron la vida y les trasladaron furtivamente allí, tal como hacía ese canalla de Pierre Uri, cuando estaba de gobernador en la Luna.

—Con razón noté que la flota de naves destinadas allí se desgastaba más de lo normal.

—Hacían viajes secretos hacia Almatea XII, con sus siniestros cargamentos de cadáveres.

—¿No cree que se descuidó mucho ese satélite natural de Júpiter?

—Sí, Joy... Posiblemente se debieron hacer más viajes de inspección. Pero... ¿quién pensaba en la luna más pequeña de ese apartado planeta? Empezar a colonizarlo ya costó mucho. ¡De eso se

aprovecharon «ellos»!

El viejo general estaba satisfecho. Había conseguido apartar de su idea al joven ingeniero con su charla, pero quedó nuevamente sorprendido cuando Joyce Wagner le anunció:

—He venido a despedirme, señor. Mañana parto hacia Almatea XII.

Mansfield dio un respingo en su asiento, molesto y pretendiendo utilizar su autoridad.

—¿Con qué permiso, Joy? Yo te ordeno que...

—No soy militar, general Mansfield. Sabe que presto mis servicios aquí voluntariamente.

—¡El diablo te lleve! ¿Quieres salirte con la tuya, verdad?

—No hablemos más de eso, por favor.

—¿Y qué dice Sandra? No me vas a decir que está contenta como unas castañuelas.

—Sandra no lo aprueba, pero me comprende.

—Hay millones de patanes por ahí capaces de disparar un arma. Pero muy pocos pueden hacer lo que tú. ¡Tienes un cerebro privilegiado, Joy! Y a mí me dejas en...

—No le dejas cojo, señor. Tiene a Cotten.

—Al fin conseguirás que él ocupe tu puesto.

—Es tan capaz o más que yo. Ya lo demostró en aquellos días.

—Bien: no me refiero sólo a estos talleres.

—Ya sé, señor. Se refiere a Sandra.

—Te tocará la china. ¡Sé que morirás allí! Te meterás en los peores fregados y nosotros ya sabes que no somos capaces de resucitar a nadie.

—A lo mejor me paso al enemigo —bromeó el joven—. ¡Quién sabe! Eso es muy tentador.

—¡Bobadas!

Pero el viejo militar ya le estaba ofreciendo su amistosa mano en

señal de despedida, y añadió:

—Bien... Pues mucha suerte, muchacho.

—Gracias, mi general.

—Cuídate mucho, Joy.

—Lo haré, señor.

CAPITULO XIV

Fue una lucha titánica y muy aparatosa, pero en el fondo, breve.

Las modernas armas atómicas hicieron un total «barrido» de las galerías y túneles donde, fanáticos «Ciudadanos de Amaltea XII» se esforzaron hasta su segunda muerte en mantener sus reductos.

Pero en menos de dos meses, todos estos reductos quedaron reducidos a escombros y, entre sus cenizas, miles de hombres que habían vivido dos vidas, terminaron su existencia desintegrándose.

¡Para siempre!

Muchos, repasando la Historia, vieron un paralelismo con lo que había ocurrido muchos siglos atrás en la ciudad de Hiroshima o en la isla de Okinawa, cuando norteamericanos y japoneses, no menos fanáticos, lucharon allí.

Entonces no hubo supervivientes entre los vencidos y en Almatea XII ocurrió otro tanto.

Y siguiendo con el paralelismo, también resultó un triunfo muy

caro para los vencedores...

Lejos de la Tierra, a más de seiscientos millones de kilómetros de su planeta natural, los hombres que lucharon allí tuvieron que darlo todo para sofocar el fanatismo de muchos que habían sido, años atrás, sus propios familiares y hermanos de raza.

Aquella dura lección no se olvidaría fácilmente.

Hubo escenas realmente patéticas: hijos que habían visto morir a sus padres años atrás en la Tierra, que habían asistido entre sollozos a sus funerales y echado la primera paletada de tierra sobre sus tumbas, se encontraron disparando contra sus seres queridos que habían sido resucitados por los ambiciosos dirigentes de Amaltea XII.

Una triste jugada la de sus destinos.

Y Joyce Wagner tuvo que pasar por esta amarga prueba.

Un día, al doblar una de las galerías del menor de los satélites naturales de Júpiter, estando de patrulla con otros hombres, tropezaron casi con un piquete de enemigos que también hacía su descubierta por aquel sector.

Se cambiaron los primeros disparos y los rayos láser empezaron a centellear. Todos sabían que en tales encuentros no había heridos: un blanco de tales armas resultaba mortal de necesidad, porque el hombre alcanzado era carbonizado al ser atravesado de parte aparte.

Joyce Wagner disparó su arma contra uno de los enemigos, que se mostraba el más audaz y que avanzaba hacia ellos con ansias aniquiladoras. Cuando terminó la refriega con la victoria, se acercó a los cuerpos allí tendidos y de su garganta brotó un nombre:

—¡Yal! ¡Yal Reale!

Quedó anonadado, arrodillado junto al cuerpo del que había sido su amigo. El hombre que primero le hizo pensar en la posibilidad de que un extraño poder empezaba a manifestarse en la Luna.

¡Qué ironía! ¡El le había matado por segunda vez!

¿Por qué Yal Reale había llegado a ser uno de «ellos»? ¿Es que nunca supo que le asesinaron? ¿Cómo lograron silenciar en su boca la innata rebeldía que siempre había latido en él? ¿Por qué los defendió hasta su último aliento, con aquella gallardía tan suya, que le había empujado otra vez a morir, y a manos de su mejor amigo?

¿Qué le pasaba a un hombre cuando le resucitaban? ¿Se convertían como el chino degradado adicto a las drogas, que trabaja para fumar su mísera pipa de opio y besa las manos del comerciante que le explota?

Debía ser así. Si no les daban sus inyecciones estaban sentenciados. Y la dosis sólo se la ganaban los fieles, los adictos, los serviles: los rebeldes como Ada Oliver volvían a morir.

¡Y aquella segunda vez, para siempre!

Cuando las hostilidades terminaron, sólo quedó una duda. Una duda terrible que empezó a torturar a las autoridades del Gobierno galáxico: ¿habían vencido al enemigo totalmente, o seguía agazapado en otros sitios?

En la misma Tierra, en cualquier gran ciudad, podía haber miles de «ellos» que esperasen su momento. Toda vigilancia podía ser poca.

Pero ahora, al menos se sabía cómo actuaban.

El peligro mayor había sido vencido, pero se tendrían que vigilar siempre los cementerios.

¡Siempre!

Joyce Wagner había sido uno de los artífices de aquella victoria. Era más: puesto que él había iniciado la lucha, cuando fue elegido como víctima para que tras ser condenado y sentenciado por unos delitos que no había cometido fuese uno de los «elegidos». Uno de los llamados a resucitar, por necesitar cerebros como el suyo.

Por todo esto se podía sentir satisfecho y feliz.

Sobre todo, por haber sido recibido en la Tierra con los brazos abiertos por Sandra Murray, una linda muchachita de cabellos rubios dorados como el trigo.

A ella le contó lo que le había sucedido con su amigo Y al Reale, al que se vio obligado a matar. Y charlando de todo aquello, al hacer referencia a los fanáticos dirigentes de Amaltea XII, terminó comentando con la mujer adorada:

—Resulta paradójico, Sandra.

—¿El qué, cariño?

—Si bien te fijas, la mayoría de los hombres que no han hecho

nada bueno en esta vida desean siempre vivir otra... ¡Por lo visto, para seguir con sus mismos errores!

Sandra Murray le sonrió con dulzura al pedir:

—Olvida eso, cariño.

—No podré. ¡Nadie lo podrá olvidar!

—A mí sólo me interesa una cosa, amor mío. ¡Has vuelto!

—Sí, pero tenía que ir. ¡Tú me comprendes!

—¿Por Ada Oliver?

—Sí, Sandra: por ella... y también por mi dignidad de hombre.

—Bien: pues ahora que todo ha terminado, a los dos nos espera «otra vida».

El hombre la miró sin comprender y, siempre sonriéndole, al echarle los brazos al cuello, la mujer enamorada añadió:

—¿Es que para ti y para mí nuestra vida no será distinta, cuando nos casemos?

La besó con ternura, y al despegar los labios de ella, Joyce Wagner reconoció:

—Sí, cariño. ¡Y será el paraíso!

F I N